

SS
SERVICIO SECRETO

MEADOW CASTLE

LA MUERTE EN EL AIRE

Una serie de accidentes en distintas líneas aéreas, donde, curiosamente, se salvan los pilotos, es investigado por un agente especial. La madeja que poco a poco va desenmarañando le lleva a descubrir una intrincada trama donde un poderoso empresario sin escrúpulos, que lidera la competencia del negocio del transporte aéreo, es el principal sospechoso de las catástrofes y cuyo fin es enriquecerse a costa de ellas… ¿o no?



Meadow Castle

La muerte en el aire

Bolsilibros - Servicio Secreto - 560

ePub r1.0
LDS 21.07.17

Título original: *La muerte en el aire*
Meadow Castle, 1961
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2





Meadow Castle

La muerte en el aire

1ª. EDICIÓN
ABRIL 1961

EDITORIAL BRUGUERA
Proyecto, 2-T. 284453
BARCELONA (6)





La muerte en el aire

POR

Meadow Castle

CAPÍTULO PRIMERO

Richard Farnum había volado mucho, y su permanencia en el aire había contribuido a que idealizara un tipo de mujer que no existía.

La parte física de esta mujer, creada por su imaginación, estaba sentada a su lado, aunque dudaba de que la parte espiritual de la misma correspondiera a sus sueños.

Ella se llamaba Darlene, y todas las mañanas, al encontrarse en la barra de aquel bar, le dirigía una sonrisa arrebatadora.

Pero Richard tenía treinta y siete años, una cara con muchas pecas y una cabellera rubia como millones de norteamericanos. Su cuerpo, no muy alto, pero poderoso, no era tampoco como para enloquecer a ninguna mujer como Darlene, que era una castaña de ojos enormes, verdes, engañosamente inocentes.

Sin embargo, Darlene le sonreía siempre. Si él se decidiera… Por Una mujer como aquélla se sentía capaz de volar montado en un asno.

Se decidió. Comenzó señalando una pasta muy apetitosa.

—¿Le apetece?

—Sí —contestó ella—. Pero cuesta treinta centavos y yo no soy rica.

—¡Bah! Por eso no lo deje.

Richard tomó las pinzas y le sirvió dos pastas de treinta centavos cada una a la mujer, de estatura mediana y de cuerpo curvilíneo.

—¿Son, para mí?

—Sí. Y si quiere otra, dígalo.

—¡Oh, gracias!

Darlene hincó unos dientes blancos y menudos en la primera pasta. Lo hizo con gracia. ¡Hay tanta seducción en las hijas de Eva, cuando se empeñan en engatusar a un hijo de Adán!

Y se rompió el hielo.

Richard supo que Darlene estaba a punto de ingresar en las oficinas de una Compañía de Aviación, cuyos aviones, a no tardar, surcarían raudos los aires. Darlene supo que Richard era un veterano piloto de la «Pacific Lines», con muchas horas de vuelo, y una gran experiencia en el aire, aunque muy poca en tierra, en la vida; y casi ninguna con las mujeres.

—¡Dios los cría y ellos se juntan! —dijo exultante el aviador—. ¡Pero si casi somos compañeros!

—Quizá lo seamos… con el tiempo —admitió ella.

La seductora mujer, de unos veintisiete años, movió las pestañas como si fuesen abanicos, y el aviador tuvo un estremecimiento. Por una mujer como aquélla se sentía capaz de volar sin avión y sin asno.

Las entrevistas se sucedieron. Darlene consiguió saber muchas cosas de la «Pacific Lines». Richard supo muy poco de ella; sin embargo, conoció el nombre de la Compañía que había solicitado permiso para volar.

Lo malo era, empero, que la «Air Company», pues éste era el nombre de la futura Compañía, había solicitado hacer los mismos vuelos que, desde hacía años, cubría la «Pacific Lines».

—Mi opinión es que no conseguiréis permiso para volar —dijo un día Richard—. Y si lo conseguís, ¡adiós negocio! No puede haberlo donde el pasaje escasea y abunda la competencia.

Darlene se puso triste. Dejó de mirar a su nuevo amigo, con aquella mirada dulce, y al mismo tiempo insinuante, que lo enloquecía.

—Es una lástima —confesó—. Me habían ofrecido un cargo importante en las oficinas. No sé qué será de mí.

—Si tan mal estás de dinero…

El piloto de la «Pacific Lines» hizo un ademán que resultó tan sugeridor como las miradas de la atractiva mujer; más ella le interrumpió con un gesto olímpico.

—¡No! No se trata de eso. Por ahora tengo dinero, pero si no consigo ese empleo, tendré que regresar a Santa Bárbara.

Como muchos hombres cuando están enamorados, sobre todo si son tímidos como gacelas, Richard dijo tonterías, una de las cuales fue:

—Hay un medio para que esa… ¿Cómo has dicho que se llamaría esa Compañía?

—«Air Company».

—Decía que hay un medio para que la «Air Company» obtenga el permiso para volar.

—El permiso para volar ya lo tiene, lo que pasa es que todas las líneas están cubiertas por otras Compañías.

El piloto rió. Había oído decir más de una vez que la risa masculina se contagia entre las mujeres. E hizo la prueba.

—Mejor que mejor —dijo festivamente—. El medio al que yo me refería es derribar los aparatos de la «Pacific Lines». ¡Ja, ja, ja!

El remedio propuesto —que desde luego fue tomado en broma— resultó peor que la enfermedad, al menos en cuanto a desfruncir el ceño de Darlene.

—No me gustan esa clase de bromas —repuso muy seria.

El no supo cómo zafarse del compromiso, añadiendo más tonterías a las muchas que ya había dicho.

—Estaba hablando en serio, pero no me refería a provocar accidentes, sino al hecho casual de que se produjeran. Un avión en el aire es menos seguro que un automóvil rodando sobre el suelo.

Darlene, que tenía la misión de hacer de Eva tentadora ante un Adán tonto, o perdidamente enamorado de ella, llamó en su ayuda a la serpiente satánica.

Empezó con una sonrisa y una nueva caída de ojos; terminó arrojando a los ojos del hombre una bocanada de humo de su cigarrillo.

—Tengo la seguridad de que si la «Air Company» pudiera volar, te ofrecerían un cargo de responsabilidad bien remunerado —afirmó solemnemente.

—Si uno pudiera hacerse rico…

—Nos haríamos ricos los dos, Richard. ¡Estoy segurísima!

La serpiente simbólica siguió apretando sus anillos. Adán se dejó embaucar.

—Y con el dinero vendría la felicidad —siguió Darlene.

Miró a las personas que estaban sentadas a la derecha y a la izquierda de ellos. A continuación cerró los ojos y ofreció sus tentadores labios a Richard.

—Voy a cerrar los ojos —dijo, haciéndolo.

El piloto abrió mucho los suyos y sintió un escalofrío en la espina dorsal cuando su boca unióse a la de la mujer.

—¡Casémonos! —la apremió.

—Cuando tengamos dinero, mi bien —replicó ella, dándole un suave cachete.

Aquella misma tarde, una hora antes de dirigirse al campo de aviación, Richard Farnum se entrevistó con un hombre más joven que él, rubio, alto, fornido, dominante, que dijo llamarse Collins.

La vida de Richard Farnum sufrió un gran cambio a partir de aquel instante.

Lo que empezó siendo el capricho de un hombre enamorado, no tardó en convertirse en una tragedia sin precedentes en la aviación civil estadounidense.

* * *

Las despedidas de los que se aman son siempre tristes. Quizá debido a una despedida se inmortalizó la frase: «Partir es morir un poco».

Los esposos Lindsey se estaban despidiendo de su hija, lo estaban haciendo desde hacía rato, como si se tratara de un postrero adiós.

Corene no encontraba el momento del beso y el abrazo final. La inexorable voz del «*speaker*» del campo, repitió:

—Los señores pasajeros del avión de la «Pacific Lines», dentro de cinco minutos deberán ocupar sus asientos. Los señores pasajeros del…

—Aún faltan cinco minutos, mamá —recordó la joven.

—¡Pero, hija mía! Nosotros no somos tan ágiles como tú, y de aquí al aparato tenemos más de dos minutos de camino.

Míster Lindsey se impacientó. Corrigió:

—Siempre serán tres, mujer. Te detendrás tres veces, y cada vez perderás y me harás perder veinte segundos. Lo tengo todo calculado.

—¡Oh, papá! ¿De veras tienes tanta prisa por dejar a tu hija?

El millonario Lindsey miró con gran intensidad a la joven…

—No me gusta dejarte sola, hija. Debiste acompañarnos.

—No —intervino *mistress* Lindsey—. Debemos pensar en todo. Si

nos marchamos los tres y nos ocurre un accidente…

—¡Mamá! No debes decir estas cosas.

El altavoz anunció que el tiempo transcurría. Los cinco minutos se convirtieron en cuatro, tres…

—¡Adiós, hija mía!

—¡Hasta la vuelta! Cuídate.

Los esposos Lindsey se despidieron definitivamente de su heredera. Besos, abrazos, lágrimas en los ojos de las dos mujeres, un brillo muy particular en los del hombre, pasos apresurados…

Corene sintió una punzada en el corazón cuando una muchachita gritó a su derecha:

—«¡Good by. Good luck, friends!»[1].

—¿Seré tonta? —murmuró—. Ni que fuera la primera vez que nos separamos.

El birreactor tuyo una ligera sacudida, los auxiliares del campo retrocedieron a toda prisa, un silbido penetrante hirió los tímpanos de los que quedaban en tierra… La gran nave partió como una exhalación.

Corene dejó correr libremente sus lágrimas, repitiéndose que era una tonta. Agitó inútilmente el pañuelito, con el cual luego se enjugó los ojos. Lo hizo en el instante en que el avión dirigía la afilada proa hacia el cielo.

Hubo un alarido unánime de mil gargantas, una explosión horrísona y un vivísimo resplandor semejante al que seguramente precederá al fin del mundo.

Todo había sucedido durante los contados segundos que Corene empleó en enjugarse las lágrimas.

Las reacciones de los corazones fuertes son más lentas que las de los corazones sensibles.

Corene tenía un corazón tan fuerte como amante de sus progenitores. Habíase dicho en múltiples ocasiones, que las mujeres propensas al llanto no sienten con intensidad. Lloran tan fácilmente como dejan de hacerlo.

En aquellos brevísimos instantes sintió una agudísima punzada en el órgano vital y algo tremendo le atenazó la garganta como la mano de un titán.

Mientras en el New York International Airport sonó un clamor de huracán, Corene vislumbró una nubecilla blanca que se iba

agrandando en el cielo. Era un paracaídas.

En tierra todo era muerte y desolación.

La heredera Lindsey, enajenada, farfulló:

—Ahora no debo buscar consuelo en las lágrimas, sino en la justicia y misericordia divinas —agregó en un susurro—: «Your Will Be Done, on Earth»[2].

Una nube se interpuso entre la tierra y el sol, o al menos esto es lo que le pareció a Corene cuando perdió el conocimiento.

* * *

—¿Quién es usted?

—Soy agente del FERA[3]. ¿Y usted, preguntón?

—Soy agente del CAA[4].

Ella abrió el bolso y él introdujo su mano izquierda en el interior de su americana.

Se mostraron sus respectivas credenciales, al tiempo que se examinaban.

—¡Psch! —exclamó Berenice Wilson, agente del FERA.

—¡Bah! —dijo Walt Taft, agente del CAA.

El color había desaparecido de sus semblantes desde su entrada en el campo. Ambos se esforzaban en demostrar una despreocupación que estaban muy lejos de sentir.

Verdaderamente, lo que hasta entonces habían estado contemplando no era nada que los dos agentes acostumbrados, no obstante, a ver cosas terribles presenciaran a menudo.

En el Aeropuerto Internacional de Nueva York acababa de ocurrir una catástrofe de una magnitud espantosa. La tercera de aquella primavera y la más terrible.

—He contado setenta y dos —dijo él.

—Setenta y seis he contado yo.

—Las mujeres siempre exageran.

Berenice prendió por un brazo a un personaje vestido enteramente de blanco que empuñaba un lápiz como si fuese una pistola, y escribía una anotación, cada vez que los sanitarios extraían un cadáver de entre los escombros del aparato siniestrado.

—¿Cuántos van, Henry? —inquirió.

El hombre vestido de blanco se volvió con el ceño fruncido, más

al reconocer a la curiosa, su rostro se convirtió en una pura miel.

—¿Dónde comes hoy, Berenice?

—No lo sé. He aceptado la invitación de… no me acuerdo el nombre. ¿Qué hay de lo que te he preguntado? —Detenta y seis fiambres. ¿No está mal, eh? A este paso si haces la cuenta, dentro de poco se acabará el mundo.

La joven trigueña de ojos claros se volvió para mirar a su nuevo conocido.

—He ganado yo, Walt. Es una lástima que no hayamos apostado algo.

—Celebro que recuerde mi nombre, Berenice. ¿Ya en serio eso de que ha aceptado comer con uno de los que la han invitado?

—No. Es un truco como otro cualquiera para zafarme del compromiso.

—A propósito de compromiso. Yo podría…

—No.

—¡Hum!

Las sirenas de las ambulancias ulularon, confundiéndose con las de los coches-bombas. Los primeros se dirigían hacia la salida del campo. Los segundos acababan de llegar, poniendo la carne de gallina a los centenares de personas que se apartaron para dejarles entrar en el campo.

Walt había estado observando durante cinco minutos. Hizo un comentario que le valió la curiosidad de la trigueña.

—Sucede con los coches de los bomberos y los de las ambulancias lo mismo que entre el relámpago y el trueno.

—¿Ya de cuento?

—No. Sicología pura.

—Explíquelo.

—Nadie se aparta al paso de una ambulancia. Las sirenas de los bomberos nos ponen la carne de gallina. Los primeros se llevan a los heridos y a los muertos, los segundos se esfuerzan en rescatar a lo que están sólo medio achicharrados. ¡La vida es un asco!

—No veo la relación que pueda haber entre el trueno y el relámpago por un lado, y los vehículos de los bomberos y las ambulancias por el otro.

Él se la quedó mirando.

—Es extraño. Las mujeres tienen más imaginación que los

hombres.

—No me diga.

—Sí. Bueno, ¿qué hay de lo de comer juntos?

Berenice volvió a examinar a Walt. Vio una cara morena, unos cabellos negros y ondulados, unos ojos del color de los cabellos y unas cejas muy arqueadas y movibles.

—¿Está usted casado? ¿Tiene novia? ¿Es rico, pobre, tiene trabajo fijo, viven sus padres?

Cuando Walt rió ante el alud de preguntas, Berenice se dijo que debía ser un hombre muy sano a juzgar por los dientes blanquísimos y regulares que puso al descubierto.

—¿He de responder a todo ese cuestionario?

—Sí. Además, ha de prometer que cuando salgamos del restaurante, no me invitará a subir a su apartamiento.

—Prometido. Pero, oiga —se puso de repente serio—. Le he invitado a que comamos juntos.

—¿Quiere decir que…?

—Eso. Que cada cual pagará su comida.

Walt tuvo ocasión asimismo de contar las perlas ocultas hasta entonces por dos líneas gruesas de coral, tales pareciéronle al menos los dientes y los labios de la joven, de unos veintitrés años, alta, cuya silueta tenía unos contornos rotundos.

—Acepto. Ahora he de separarme de usted para hacer mi trabajo.

—¿Dónde nos encontraremos cuando terminemos?

—Junto a la salida principal del campo.

—Corriente.

Fueron cada cual por su lado. Ella cerraba sus ojos cada vez que sus zapatos de tacón alto se deslizaban hacia la derecha o hacia la izquierda, para no mancharse con los charcos de sangre.

El, hombre y además fuerte, interrogó al piloto de la nave incendiada al despegar del campo, que resultó milagrosamente ileso; conversó con los agentes del F. B. I., la mayoría de los cuales le conocían; observó largamente y tuvo tiempo de pensar y detenerse delante de los dos policías que examinaban en silencio al piloto, todos ellos, sentados en medio de la pista de despegue, rodeados por una multitud de curiosos.

Eran ya las dos cuando Walt salió del campo de aviación y encendió el primer pitillo. Antes, en el lugar donde habían muerto carbonizados setenta y seis personas, le hubiera sido imposible fumar, inhalar el humo del tabaco mezclado con el de los restos del aparato incendiado y el de la carne humana…

—¡Brrr! —exclamó—. Es algo infernal.

Cuando exhalaba hacia el cielo azul y nítido la segunda bocanada de humo, Berenice comenzó a decir detrás de él:

—¿Qué tal ha ido la investiga…?

Al mismo tiempo que Walt se volvía, la joven intentó desprenderse de la mano de un hombre alto, rubio, el cual la retenía por un brazo.

—¡Suéltame, Collins! Creo que es la tercera vez que te digo que no me gusta que me manoseen.

—Te equivocas, es la cuarta. Te soltaré cuando aceptes la invitación de comer conmigo.

—¡Lo harás antes!

—Ni un segundo antes.

Berenice era una muchacha deportiva, fuerte y ágil, pero no pudo desprenderse de aquella mano de hierro que le atenazaba la muñeca.

—¡Llamaré a un policía! —amenazó.

—¿Para que te invite a comer? No sabía que te conformaras con tan poca cosa.

Walt, mientras tanto, dio dos chupadas más al cigarrillo, lo dejó caer y lo aplastó con la punta del pie. Terminó metiéndose las manos en los bolsillos de la americana de cheviot.

—Peso ciento noventa libras —manifestó sin más ni menos.

Collins semejó verle por primera vez.

—¿Tanto? Nadie lo diría. Yo peso casi doscientas.

—¿De pie?

—Sí, claro. Nadie se pesa sentado.

—¿Y tumbado, Collins?

—No sé, no he probado nunca…

—Ahora no podrá decir lo mismo.

Berenice sólo vio que aquel desconocido, de unos veintisiete o veintiocho años, habíase ido acercando a ella sin quitarse las manos del bolsillo. Después sintió un poco de aire en la cara, al paso de un

puño rápido como una centella. Lo último que observó fue que Collins retrocedía tambaleándose, moviendo los brazos como si quisiera agarrarse a algún objeto. Terminó por caer sentado.

—Ahora —explicó Walt—, está contando los pajaritos. Dentro de medio minuto se incorporará. Un minuto más tarde se habrá puesto en pie. Adivine cuánto tiempo tardará en volver a caer sentado o patas arriba, Berenice.

—No lo sabremos nunca, porque usted y yo, dentro de un minuto, estaremos sentados en un… ¡Taxi!

Un taxi se detuvo a unos cincuenta pasos de la entrada del campo, mientras algunos curiosos se aproximaban al semiinconsciente Collins.

—¿Se ha caído de las nubes ese fulano? —inquirió el chofer cuando Walt subía al vehículo, después de Berenice.

—Eso creo. Dele la dirección al capitán de este barco, amiga mía.

—Avenida Pitkin, junto al cruce de Woodhaven.

—Volando, amos.

Berenice miró por el cristal posterior.

—Collins se ha puesto en pie y se dirige hacia su «Ford» último modelo, Walt —informó en voz baja.

—¿Quién es Collins?

—Un sinvergüenza, un granuja, un espía, un gángster que no cabe en Chicago, porque allí hay demasiados. Es merecedor de la silla eléctrica.

Walt dijo sonriente al chofer:

—Acelera, hermano. No quiero caer en las manos de un fulano que acaba de caer de las nubes seguramente con malas intenciones.

CAPÍTULO II

A Walt los militares le habían parecido siempre unos hombres distintos de los demás mortales. Los equiparaba a los boxeadores y a los luchadores.

Se preguntaba cómo era posible pelearse en frío y herir o matar a un rival. Mientras fue estudiante había aprendido a boxear para defenderse en el caso de ser atacado. Con todo, reconocía las virtudes de los militares, los boxeadores y los luchadores profesionales.

Como siempre le sucedía, se puso serio al encontrarse en presencia del general retirado Doyle, jefe del CAA e íntimo amigo de su difunto padre.

—¿Sabes cuántos muertos ha habido en los tres… accidentes, puesto que de alguna manera hay que llamarlos? —preguntó el general.

—Unos ciento cincuenta.

—¡Ciento sesenta y ocho! Cuarenta y dos en el primero, cincuenta en el segundo y setenta y seis en el tercero.

Una mujer de aspecto anodino y mirada tierna, sobre todo cuando observaba al agente sin que él se diera cuenta, asistía a la entrevista entre el experimentado personaje y el último de los agentes ingresados en el CAA.

Era la secretaria Corene, que en aquel momento se estaba preguntando dónde había ido a parar la bocanada de humo que el joven había inhalado hacía más de quince segundos.

De repente, el humo salió impulsado con fuerza por la boca y la nariz del agente.

—Los pilotos han salido ilesos los tres, ¿no, jefe?

Esta pregunta tan sencilla de Walt le valió una mirada de

extrañeza del militar.

—¿Qué quieres significar con eso?

—Nada en absoluto. He hecho una simple pregunta.

—Estoy seguro de que has querido dar a entender algo.

—Quizá sería conveniente que los pasajeros estuvieran al corriente del funcionamiento de los paracaídas —sugirió el agente.

—A menos de cien yardas del suelo ningún paracaídas tiene eficacia.

—Sin embargo, los tres pilotos se han salvado gracias a haberlos empleado en el momento oportuno.

—No son tres, sino dos. Richard Farnum ha tenido dos accidentes en lo que va de año. Tú no pertenecías al Cuerpo cuando ocurrió el primero.

En el despacho se hizo el silencio. Segundos después, el general hablaba por el dictáfono.

—Bájeme la ficha de Richard Farnum y la de… como se llame el otro piloto que…

—El de la catástrofe de hoy se llama Aaron Taylor —informó Walt.

—Es Aaron Taylor —repitió el jefe junto al aparato.

Dos minutos después el pequeño montacargas de comunicación interior descendió y el general Doyle recogió las dos fichas, leyendo al dorso las filiaciones de dos veteranos pilotos de la «Pacific Lines».

Como si acabara de romperse un frasco de cristal en cuyo interior se hallara oculto un genio maléfico, en el despacho flotó la sospecha: comunismo, sabotaje, espionaje, traición.

Walt, que miraba de soslayo al general, se sonrió.

—No es eso que usted imagina. Me atrevo a sugerirle que cambie la dirección de sus pensamientos —aconsejó.

—Obedezco, muchacho. Ahora vacía el saco y no te olvides de nada.

Walt dijo lo que sabía, que era poco, y lo que sospechaba, que era mucho.

El fantasma del genio maléfico desapareció del despacho del jefe del CAA.

El general Doyle rió con ganas cuando el agente se hubo explicado.

¡Suponer que las tres catástrofes habían sido provocadas por los

mismos pilotos! Decididamente, la fantasía juvenil no reconoce límites.

* * *

El general Doyle, de sesenta años, alto, elegante, canoso, con el bigote recortado como el de un joven, levantó la vista de las fichas, preguntando al agente Walt:

—¿Qué sabes de Farnum y Taylor?

—Poco más o menos lo que dicen esas fichas, quizá un poco más; pero en conjunto, muy poca cosa.

—Antes has dado a entender que creías que eran tres pilotos.

—Me equivoqué. Sé que Farnum ha tenido dos accidentes en lo que va de año.

El general dejó las fichas sobre la mesa y se sostuvo la cabeza con las dos manos. Dijo como en un soliloquio, entornando los párpados:

—El día que me enteré de la muerte de tu padre me dio un ataque de melancolía. ¿Sabes a lo que me refiero, Walt? —Siguió sin aguardar la contestación—: Para que lo sepas, cuando un hombre llega a los sesenta años y tiene un ataque de melancolía, revive el pasado. En pocos segundos se siente transportado a la juventud. Tu padre, muchacho, no aprendió a vivir en la pobreza. Tú eres diferente.

—Yo he sabido adaptarme, jefe. Desde luego, verse convertido en un pobre de la noche a la mañana no es nada cómodo.

El agente apagó el cigarrillo en el cenicero y siguió sin darse cuenta de la intensa mirada que le dirigió Corene, alta, pero sin contornos. Parecía como si toda la belleza de la joven estuviera encerrada en su alma, y algunos destellos de la misma asomaran de tarde en tarde —casi siempre en presencia de Walt— a través de los cristales de sus gafas.

—Cuando supe que habías ingresado en el Cuerpo de Policía, me enfadé mucho. ¿Por qué no viniste a verme a mí? —Antes de que el joven le contestara, el personaje prosiguió diciendo—: Te reclamé a mi lado, quedaste exento de vestir el uniforme y te prometí que algún día ingresarías en el
F. B. I.

¡Lo cumpliré!

Levantó la cabeza y miró fijamente a su interlocutor.

—¿Por qué no abres un poco tu corazón al mejor amigo de tu padre, Walt?

El agente prendió fuego a su segundo pitillo. Utilizó un mechero de oro, restos de su pasado esplendor económico.

—Quiero ganarme a pulso mi ingreso en el
F. B. I.,
jefe. Algún día le demostraré mi agradecimiento por lo que ha hecho por mí, pero no admito favoritismos.

Apagó el cigarrillo con dos dedos y se puso en pie.

—Acaba de ocurrírseme una idea. ¿Puedo salir?

El general Doyle asintió. Como siempre, Walt rehuía la intimidad que él le ofrecía.

—Más que ideas necesitamos técnica y técnicos —replicó—. Si puedes llegar a diseñar un motor de aviación que no se incendie nunca, ven a decírmelo.

—Está bien, jefe. Mientras tanto, voy a dar una vuelta por ahí.

El general y su secretaria se quedaron mirando la puerta cuando Walt hubo salido del despacho.

El hombre fue el primero en volver a la realidad. Fue entonces cuando vio a la insignificante Corene, de la que se había olvidado por completo. En realidad, puede decirse que la olvidó desde el día en que se presentó ante él enlutada, luego de ganar la plaza en reñida competencia con otras postulantes más llamativas, pero menos eficientes.

—¿Quería usted hablarme, Corene? —preguntó.

—Creo que era usted el que deseaba decirme algo, jefe.

Enrojeció al volverse y sentirse mirada por los agudos ojos grises del general.

—¿Qué piensa usted de Walt, Corene? Quiero que sea franca conmigo.

—Pienso que triunfará. Es Inteligentísimo y tenaz. Además, es sobrio, correcto y serio.

—Y guapo, ¿no?

—Sí, señor; muy guapo.

Doyle pensó: «Y tú muy fea, mi enamorada paloma». Sin embargo, dijo en voz alta y con acento despectivo:

—¡Mujeres! ¡Bah!

Corene se puso en pie. Los ahumados cristales de sus gafas, engarzados en una rica montura de carey impedían ver el color de sus ojos. Su traje de calle, demasiado desahogado, tampoco permitía descubrir la verdadera forma de su cuerpo.

Doyle, viejo enamorado de la belleza femenina, pensó que una criatura como aquella que ocultaba sus ojos detrás de unas gafas tan horribles y su cuerpo dentro de un vestido sin gracia, debía de ser un verdadero adefesio visto al natural.

—He olvidado lo que quería decirle, Corene —dijo, concluyendo su examen—. La llamaré cuando lo recuerde.

La joven, de veinticuatro años, excesivamente alta o delgada —al veterano jefe del CAA le hubiera gustado verla vestida con cierta coquetería—, se dirigió a la puerta sin despegar los labios.

Caminó a grandes zancadas, como si tuviera prisa por salir.

Ya en el exterior, se apoyó en la puerta y se sonrió. Estaba pensando en Walt y murmuró:

—Cada día me gusta más. Si consiguiera que se fijara en mí…

Terminó enrojeciendo intensamente. Cuando se dirigió a la pequeña habitación frontera al despacho del jefe sus pasos eran cortos y mesurados.

* * *

Collins, como una gran mayoría de hombres superiores, tenía un grave defecto: era consciente de su superioridad.

Sus grandes ojos oscuros, acerados, poseían un gran magnetismo. En esto y en su conciencia, tan elástica como pueda serlo la de un criminal nato, estribaba toda su superioridad, de la cual él se sentía muy orgulloso.

Sin embargo, en presencia del doctor retirado, Hilton Jones, de sesenta años, alto, de complexión poderosa, que respiraba ruidosamente, se sentía tan indefenso como un niño.

El poder de su mirada se estrellaba contra la inmovilidad de aquellos ojos azul pálido parecidos a los de un ave nocturna.

—Las cosas marchan bien, doctor —afirmó, sintiendo un escalofrío ante el silencio del dueño de aquel piso, uno de los más lujosos que había visto en toda su vida.

—¿Todas? —inquirió el personaje.

—Todas. Dentro de poco podremos sustituir a la «Pacific Lines». —Añadió exultante—. ¡Es imposible seguir prestando servicio en esas circunstancias! Tres aviones incendiados en unos cuantos meses, con un total de muertes escalofriantes, es más de lo que la CAA está dispuesta a consentir a una compañía aeronáutica.

La sonrisa de orgullo que esbozó se heló en sus labios ante la nueva observación de Hilton.

—Me pregunto si usted será el hombre que me conviene, Collins.

Éste se irguió con altivez.

—He obedecido todas sus órdenes al pie de la letra, doctor —dijo secamente.

—¿Todas? —preguntó nuevamente Hilton—. ¿Incluso las que se refieren a la prudencia que tanto les aconsejé a usted y a sus hombres?

—Todas —dijo flojamente Collins.

—Que, entretanto, usted y sus tres ayudantes hicieron una vida normal, quiero decir que no se destacasen en nada, para que ningún agente del CAA o del FERA tenga nada que ver con ustedes. ¿Ha sido así, Collins?

—Sí —dijo débilmente el visitante.

Hilton avanzó hacia él con las manos a la espalda, le miró fijamente y sus labios se entreabrieron.

—Una de sus armas más afiladas, amigo mío, es la mentira; pero yo llevo una coraza muy resistente contra la cual se estrellan todas —cambió de entonación al ordenar a una muchacha que leía una revista sentada en una silla—: Déjanos, Mary, y dile a Ab que entre.

Mary Sloan, sobrina y heredera del multimillonario, de estatura mediana, rubia y esbelta, se levantó sin hacérselo repetir, desapareciendo en el interior de la casa.

Segundos después entraba Ab, un negro hercúleo vestido con una chaqueta blanca. Sus ojos, casi siempre apagados e inexpresivos, se animaron al mirar a su amo.

—El rifle, Ab —ordenó Hilton.

Se hallaban en la terraza del quinto piso de una casa de la Atlantic Ave. Mientras aguardaban el regreso del negro, el asmático miró hacia la calle.

—Vea —dijo ensoñadoramente—. Contemple el mundo a sus

pies. Observe como todos se afanan en ir y venir. ¡Es el gran Nueva York! ¡Es el gran teatro del mundo!

—¡Je! Chocante, ¿eh?

Hilton cambió bruscamente de entonación:

—Si piensa que estoy loco, se equivoca.

—¡No, no…!

—No me interrumpa —la mano del millonario señaló a lo lejos —. Ahí tiene la avenida Lafayette, corazón de Brooklyn, que es lo mismo que decir el corazón del mundo. Allí afluye el dinero, la belleza, el poderío… Las luchas, el odio, los egoísmos.

Los trenes aéreos surcaban raudos en todas las direcciones a la altura de las casas de tres pisos. Abajo, en la Atlantic Ave, seis riadas de vehículos, tres en cada dirección, fluían constantemente. Miles de ruidos ascendían hacia la terraza, aunque llegaban arriba formando un murmullo monótono, con una cadencia ininterrumpida.

—¿Está contento del trato que hicimos, Collins? —preguntó repentinamente el extraño personaje.

—¡Contentísimo!

—Yo le pagué para que usted consiguiera la autorización para hacer volar los aparatos de la «Air Company».

—Que es lo que estamos a punto de conseguir, doctor.

—Si no hay fallos, claro. Si los hay, yo perderé mi dinero y usted la vida. Ése es el trato.

—¡No los habrá! La «Pacific Lines» ya no puede sostenerse durante más tiempo, pues apenas tiene pasaje. Cuando les quiten el permiso para volar, lo obtendremos nosotros con una simple petición a la CAA. Y entonces, usted será el dueño de esa concesión.

—Yo no figuro para nada en eso, no debe olvidarlo al en sueños. ¿Me ha entendido?

—Perfectamente. Quería decir que la «Air Company» obtendrá el permiso que le anularán a la «Pacific Lines».

—Observo que ya va comprendiendo, pero quiero que comprenda mejor aún… Ah, ¿estás aquí?

El gigantesco negro era mudo, pero no sordo. Había perdido la lengua en un accidente automovilístico. El doctor Hilton le recogió, le curó y le convirtió en un autómata, un verdadero esclavo.

—La vida y la muerte, según dicen, están en manos de Dios —

agregó el millonario.

—Eso aseguran —contestó Collins.

Hilton le miró de hito en hito. Tuvo una risita de corta duración, tosió hasta quedar congestionado y declaró a borbotones:

—De vez en cuando me gusta sustituir a Dios… sobre todo cuando se trata de acortar sufrimientos a los enfermos incurables.

Collins no se atrevió a replicar. Se limitó a sonreír. Al no obtener correspondencia se puso serio.

—Y se lo voy a demostrar ahora mismo, amigo mío. ¿Tiene usted buena vista?

—Excelente.

—Acérquese a mí… Todos los días a esta misma hora pasean por la avenida un hombre y una mujer condenados a muerte por la Ciencia. Él es un anciano canceroso, ella es leucémica. Soy amigo de los médicos que los atienden y sé que los dos están desahuciados… ¡Mírelos! No se conocen, pero cada día pasean a la misma hora y siguen la misma dirección.

Collins se apoyó en el antepecho, sintiendo un extraño malestar.

—Es aquel anciano que anda penosamente. Como le he explicado, su vida es como la llama de un cabo de vela; está a punto de extinguirse.

—¿El que avanza hacia la calle Clinton?

—Sí. Ahora mire a aquella mujer joven, gruesa, pues está encinta. Tiemblo al pensar en lo que le aguarda al hijo que lleva en su seno.

—¡Ja! —rió sin hacer ruido Collins.

—Elija entre los dos.

—No le entiendo.

—¿Es usted obtuso?

Collins no replicó. Había comprendido. Aquel hombre que tenía delante era un loco de atar; pero ¡era tan rico y pagaba tan espléndidamente!

—Le he hecho una pregunta —insistió el dueño del piso.

—Creo que soy inteligente.

—Demuéstremelo adivinando mis pensamientos.

—Con mucho gusto.

Collins vio la mirada del negro clavada en él.

—¿Se atreve a acertar en el viejo? —le preguntó de repente.

Hilton asintió con un movimiento de cabeza a la interrogativa mirada del hércules, el cual se agachó y asomó el cañón de un rifle moderno, con punto de mira telescópico, por entre los balaustres del antepecho.

Fijó la puntería y se oyó un sonido parecido a un taponazo.

—¡Mire ahora, Collins! —exclamó el millonario.

El color desapareció de la cara del hombre que hasta su entrada en aquella casa habíase creído irresistible.

El anciano que andaba pesadamente apoyado en un bastón, dejó escapar éste y cayó fulminado.

El tráfico se paralizó en la acera de la avenida y un numeroso grupo de personas se aproximó al caído.

Arriba, en la terraza de la casa número 100 de la Atlantic Ave., Hilton, Collins y el negro Ab retrocedieron hacia el interior del apartamiento.

—Todos creen que al viejo le ha dado un síncope —dijo calmosamente el primero—. No será hasta que lo lleven al hospital, que se darán cuenta de que lo han matado de un balazo. «Obra de un loco», o «Un disparo casual», se dirá la policía. Nadie vendrá a agradecerme el que le haya acortado los sufrimientos a un anciano atacado de cáncer. ¡Qué injusticia!

Transcurrieron unos cuantos minutos, durante los cuales nadie despegó los labios en la sala de estar.

Collins fingió abstraerse en la contemplación de unos paisajes de Brueghels colocados en hilera encima de una vitrina, bien surtida de una artística cristalería de Estonia.

—Los que me sirven bien, Collins —dijo de pronto el millonario —, son recompensados. Los que me sirven mal o me traicionan, son castigados. Le conviene recordarlo.

—¡Yo le sirvo fielmente, doctor!

—No del todo. La prueba de ello la tengo en esa hinchazón de su mejilla, la cual puede originar la ruina de mis planes.

—Fue un maldito…

—Lo sé todo. Mis ojos tienen doble vista y mis brazos alcanzan desde Nyack hasta Lower, no lo olvide.

Collins inclinó la cabeza.

—Pero lo que usted no sabe —siguió diciendo Hilton—, es que ha ido a chocar con un resentido, un hombre muy peligroso.

—¡Puedo eliminarlo!

—La torpeza ya está cometida. Si el hijo se parece al padre, que es lo que yo creo, Walt Taft a estas horas debe de saber quién es usted. Tampoco me extrañaría que le hubiera seguido los pasos al venir aquí.

—¡Aquel día huyó como un cobarde!

—Le repito que lo sé todo. Una tal Berenice, agente del FERA, acompañaba a Walt, y seguramente le ha informado sobre usted. Sigo preguntándome si he hecho bien al contar con usted y sus amigos.

—¿Qué debo hacer si ese mal nacido vuelve a cruzarse en mi camino? —preguntó Collins tragando saliva.

—Apodérese de él y avíseme enseguida. Su padre fue amigo mío, pero más tarde nos peleamos y tuve que arruinarle.

—¿No sería mejor liquidarlo?

—No hasta averiguar lo que sabe de sus venidas a esta casa. Márchese y no vuelva a visitarme hasta que yo no le vuelva a llamar.

En tanto Collins era acompañado a la salida y Hilton se sentaba en una silla y reflexionaba, Mary no hacía nada por contener las lágrimas que resbalaron por sus mejillas.

—¿Qué debo hacer, Dios mío? —musitó—. Si sigo callando, me hago cómplice de un crimen espantoso. Si hablo, cometo una traición… ¡Y tío Hilton es el hermano de mi madre!

CAPÍTULO III

Berenice respiraba afanosamente cuando entró en el despacho de su jefe, Emery Adams, bajo, grueso, congestionado, irritable… enamorado de la joven.

La agente del FERA sabía que a la puerta del edificio la esperaba Collins, el hombre que gastaba el dinero a manos llenas y del que, aparte de que carecía de escrúpulos, era un mujeriego, tenía tres coches, tres guardias de corps y tres novias, no sabía gran cosa más.

—Hable —gruñó Emery, examinándola de pies a cabeza.

—Lo de los setenta y seis muertos ya hace tiempo que lo sabe, pero ahora agárrese fuerte, jefe: ¡medio millón de dólares el aparato y casi un millón entre los seguros, joyas, dinero, etcétera!

—¡Etcétera! ¡Etcétera! ¿A cuánto ascienden sus etcéteras? —gritó Emery.

—Pongamos unos doscientos cincuenta mil dólares más.

Berenice le oyó farfullar frases tan poco académicas que se tapó los oídos.

—Cuando haya terminado, jefe, ya me avisará —dijo sin oír sus propias palabras.



—¿Conocía a ese hombre, miss Lindsey?

Emery gesticuló a gusto y de su boca escapó un torrente de palabras malsonantes. Cuando se hubo desahogado, movió un brazo como suelen hacerlo los empleados de un campo de aviación indicando que el avión ya puede despegar.

—¿Ya está? —inquirió la joven, separando las manos de sus orejas.

—Sí. Ahora dígame lo que piensa.

—¿De usted?

—¡No! De esas catástrofes, de esos millones, de esos… ¡cuernos!

El enfado del jefe del FERA debía de ser muy grande cuando no

se fijó en el cuerpo de su agente cuando se sentó y se alisó recatadamente la falda.

—¡Diga de una vez lo que piensa de esos accidentes! —repitió.

—Pienso lo mismo que un agente del CAA que ha investigado al mismo tiempo que yo en el New York International Airport.

—¿Y qué piensa ese agente del CAA?

—Lo mismo que yo.

—¿Y qué piensan ustedes? ¡Abra la espita, con…!

—No, se lo suplico; nada de palabrotas. Se lo diré cuando no esté tan enfadado, jefe.

—¡Dígalo ahora mismo, por mil…!

—Se enojará tanto, que querrá morderme.

Emery dijo algo parecido a una galantería:

—Me gustaría hacerlo… ¡Pero suéltelo ya!

—Tres aviones de pasajeros incendiados en el momento de despegar, los cuales sólo consiguen remontar el vuelo unas cien yardas, las caras de sorpresa de todos los cadáveres, el hecho de que únicamente se salven los pilotos y, por último, que la «Air Company» haya solicitado permiso para hacer la misma línea que la «Pacific Lines»… Póngale música al resto, jefe.

Viendo que Berenice se ponía en pie y se dirigía a la puerta, Emery gritó:

—¿A dónde va?

—A desengañar a un sinvergüenza que quiere convertirme en su cuarta novia para completar su harén.

Al salir del despacho, Berenice se dio de manos a boca con Walt, ahogando un grito.

—¡Pronto! —exclamó—. Explícame cómo lo has hecho para no tropezarte con Collins al entrar. Me ha jurado que me seguirá como una sombra hasta que le diga dónde puede encontrarte.

* * *

En el término de media hora, Berenice sintió deseos de escupir a un hombre, de admirarlo, de dar media vuelta y olvidarse de que lo había conocido. También los sintió de abofetearlo. Terminó escuchando sin hacer ningún comentario.

Este hombre era Walt Taft, que consiguió lo que se proponía del

agente femenino y del jefe del FERA.

Éste hizo una docena de objeciones, asintió, negó y volvió a asentir ante lo propuesto por el joven.

—Hago constar —fue lo último que dijo Emery— que toda la responsabilidad recaerá sobre usted. Este organismo se desentiende del asunto.

—De acuerdo, señor. Toda la responsabilidad… y todos los golpes recaerán sobre mí si accede a lo que le pido.

—Además, añado que sus sospechas me parecen una idiotez.

—¿Qué quiere que haga un idiota sino idioteces, señor? —concluyó Walt.

Salió sólo del edificio del FERA, pero todos sus movimientos fueron seguidos por varios pares de ojos sagaces. Por fin, un automóvil se aproximó a la acera en el instante en que el agente penetraba en una calle estrecha y poco concurrida sabiendo lo que le esperaba.

«Yo soy la carnada. Dentro de poco la pieza de caza caerá sobre mí con uñas y dientes», pensó resignadamente.

Del automóvil descendieron cuatro hombres. Uno de ellos era Collins. Los otros eran Rolien, rubio y de mentón cuadrado; Coy, trigueño, fino y elegante; y Merlín, moreno, con la nariz achatada.

Rolien tenía un cigarro puro apagado entre los labios; Coy volteaba un llavero; Merlín mascaba chicle. Los tres se apoyaron en un lateral del vehículo mientras Collins prendía por las solapas de la americana de cheviot a Walt, diciendo:

—Esto para empezar.

Walt recibió un puñetazo en el hígado y se encorvó. Le enderezó un segundo puñetazo, dirigido éste a su barbilla.

—Y esto para terminar…

Collins amenazó con el puño el ojo derecho de Walt para darle el tercer puñetazo, más el agente lo esquivó y lo recibió en una mejilla. El cuarto le sorprendió en una falsa postura y lo envió a rodar por el suelo.

—Estamos en paz, amiguito. Y ahora escuche este consejo: no vuelva a cruzarse en mi camino —concluyó Collins, que obraba de acuerdo con las nuevas instrucciones del extraño doctor Hilton.

Walt sintió un vivo dolor en cuatro lados distintos de su cuerpo, y otro, vivísimo, en su moral; pero como que ya contaba con ello,

comparó su dolor con la satisfacción que experimentaba ante lo que acababa de conseguir, y se consideró bien pagado hasta el instante del ajuste general de cuentas. Cuando éste llegara.

—Cuando llegue el momento —masculló—, mis puños quedarán tan despellejados que se me saldrán los huesos.

El automóvil estuvo detenido en la calle un minuto y medio justo.

Cuando Walt se puso en pie, se pasó la mano por los ondulados cabellos negros y rechazó a las cuatro o cinco personas que se aproximaron a él.

—No es nada —declaró.

—Pues le han dado cuatro puñetazos de primera, amigo.

—Repito que no es nada.

—Si quiere, le acompañaré a…

—¡Métase en sus asuntos!

El humanitario transeúnte que le había dirigido la palabra al agente se alejó enojado. Los otros le imitaron y segundos después la calle volvía a tener una gran semejanza con un desierto.

Mientras ensayaba el juego de sus quijadas, Walt observó que dos mujeres se aproximaban a él por los dos extremos de la calle.

—Debí suponerlo —susurró.

Le dirigió una sonrisa a una de las dos mujeres e inquirió secamente, mirando a la otra:

—¿Tú por aquí, Corene?

—Ya lo ves. ¿Qué ha sucedido, Walt?

—Nada con lo que yo no contara.

—Tienes una rozadura en la mejilla.

—Sí. He tropezado con… con esa pared. ¿No ves ese saliente?

La segunda mujer era Berenice, quien apenas miró a Corene. Para la agente del FERA unas gafas ahumadas, un vestido excesivamente desahogado y una actitud tan apocada como la de aquella desconocida, no merecían más allá de medio segundo de atención.

—¿Puede saberse lo que piensas conseguir con lo que acabas de hacer, Walt? —preguntó irónicamente.

—Lo sabrás a su debido tiempo. Eso es todo cuanto te puedo decir por el momento.

Se la quedó mirando muy serio. Acababa de sufrir un desengaño.

—¿No me preguntas cómo me ha ido? —inquirió.

Berenice curvó las comisuras de los labios y alzó un hombro.

—¿Para qué? No te han matado, no te han herido. Me gustaría saber por qué has representado esta comedia.

—Algún día lo sabrás, repito. ¡Adiós y gracias!

Walt tomó por un brazo a Corene.

—Te acompañaré —decidió.

—Será un placer para mí…

Él pensó, pero era demasiado humano y sensible para decirlo en voz alta:

«Lo comprendo, mi fea amiga. Debe ser la primera vez que un hombre te da el brazo y se ofrece a acompañarte».

Detrás de ellos, mientras se alejaban, sonó una carcajada femenina.

—¡Esa mujer es mala! —comentó Corene sin volverse.

—No es buena, que no es precisamente lo mismo.

O si lo prefieres, es frívola, coqueta… Ya sabes cómo son algunas muchachas.

La miró, fijando su atención en las gafas de la joven.

—Me gustaría verte los ojos, Corene —le espetó—. También me gustaría ver un poco de «*rouge*» en tus labios. ¿No te han dicho nunca que los tienes muy curvados por las comisuras? Con un poco de «*rouge*» te quedarían a la moda.

—Estaba diciendo que esa mujer es mala, Walt. Yo no me reiría nunca de un hombre que ha recibido una paliza como la que acaba de darte aquel energúmeno tan alto y fornido.

—Pesa casi doscientas libras, Corene.

—Tú también eres un hombre fuerte.

A Walt le pareció que la observación sonaba a reproche.

—¿Me reconvienes por no haberme defendido?

—¡Oh, no! Me duele que aquel cafre te haya pegado tan fuerte.

—Creí que no lo habías visto.

—Lo vi todo, pero no supe que eras tú hasta que el coche hubo desaparecido y te levantaste del suelo.

—Te explicaré parte de lo que me propongo hacer. Esta calle representa el mar, yo hice de carnada y otros se han encargado de extraer el pez o peces que ahora ya se han convertido en pescado.

Caminaron en silencio durante media hora, hasta que de pronto,

Walt notó un temblor en el brazo femenino. Hizo, también, otra comprobación que le dio en qué pensar. Corene no caminaba a grandes zancadas como lo hacía en el despacho del general Doyle, sino con paso corto, ágil, gracioso, regulado por un cerebro de reacciones rápidas e inteligentes.

—De veras que me gustaría verte los ojos al natural, amiga mía —repitió queriendo desviar la conversación.

Ella se sonrió. Era la primera vez que lo hacía en su presencia, y la suya fue una sonrisa encantadora. Las puntas de sus dientes tenían una blancura deslumbrante, según descubrió el agente.

—¿Qué hacías en aquella calleja, Corene? —le preguntó él a bocajarro, volviendo al primer tema del diálogo.

—El jefe… el jefe me ha ordenado que…

—No sigas. Adivino que estás mintiendo.

Ella ya no sonreía cuando volvió a mirarlo.

—Estamos a punto de llegar a mi casa, Walt. ¿Quieres subir a curarte el rasguño y la contusión?

—No, gracias. Prefiero, cuando te vuelva a ver, que no llaves esas gafas, y te pintes un poco los labios. Si me atreviera, también te aconsejaría que te cambiaras de vestido.

Ella se sonrió con cierto aire de misterio que pasó inadvertido para el agente.

—Quizá lo haga —dijo con sencillez.

—Me lo agradecerás, muchacha.

Caminaron una veintena de pasos más, sin que ella replicara. El preguntó, cuando la joven se detuvo frente a una casa baja, situada entre dos gigantes de hierro y cemento:

—¿Dónde vives, Corene?

Ella hizo un gesto evasivo.

—Ahí.

—Ahí no quiere decir nada. En esos dos rascacielos deben de haber cinco mil apartamientos.

Cuando Corene comenzó a balbucir algo, Walt observó que un automóvil se detenía junto a la acera, la portezuela posterior se abría y una mano masculina le hacía señas para que se aproximara al vehículo.

—Te dejo, Corene —dijo el agente—. Mañana nos veremos.

La joven penetró en un bar y se deslizó hacia la derecha. Pegó la

cara al cristal de una ventana y observó que Walt se encorvaba, hablaba con el individuo ocupante del automóvil y al fin entraba con cara malhumorada.

Acababan de informarle que su sacrificio no había servido para nada. Collins y sus tres ayudantes habían regresado a su cuartel general del «Vernon Club», sin que se hubieran entrevistado ni comunicado por teléfono con nadie.

El agente seguiría preguntándose durante largo tiempo por cuenta de quién trabajaba el perdulario Collins.

Corene continuó observando. El automóvil del cual habían descendido Collins y los tres sujetos que no se separaron de su lado cuando se detuvieron en la calle estrecha y poco transitada —pintado de azul con una franja amarilla en los lados—, siguió al que se llevaba a Walt.

—¡Qué extraño! —susurró—. Con tal de que no le ocurra ninguna desgracia…

Horas después, cuando Corene telefoneó al general Doyle desde un bar de Mt. Vernon, tuvo que ponerse una mano en el lado del corazón cuando el personaje la informó:

—Nuestro amigo Walt ha sufrido un accidente.

—¡Oh! ¿En qué hospital…?

—Espere, no se alarme. Ha resultado ileso, si exceptuamos una rozadura sin importancia en una mejilla y un arañazo en la nariz, aunque ambas parecen haberle sido causadas por unos puños.

—¿Cómo ocurrió el accidente, jefe?

—Un choque de automóviles fortuito… o al menos eso es lo que ha contado él. ¿Qué novedades hay en lo suyo, amiga mía?

—Por ahora nada, jefe. Mary Sloan no sale de su casa.

Corene colgó el auricular y se dijo que Walt había mentido. Estaba segura de que el choque había sido intencionado. Pero ¿por qué le perseguían?

—¿En qué lío se habrá metido, santo Dios…? ¿Serán ciertas sus fantásticas sospechas de que los tres accidentes de aviación han sido provocados por alguna mano criminal?

* * *

—Dile a Alan que saque el «Chewy»[5], Norma… No. Será mejor

que prepare el «Rockne Star». Saldré sola.

La criada no se dio prisa en salir del dormitorio de la rica Corene Lindsey, la huérfana que a los veinticuatro años no sabía qué hacer con su dinero y el tiempo que le quedaba libre, que eran veinticuatro horas al día. Este último punto, no obstante, parecía haberlo resuelto desde hacía unos cuantos meses.

La escena se repetía todos los días. Norma sabía que su ama se aburría soberanamente y no sabía cómo emplear su tiempo durante las mañanas.

Terminaron riendo las dos.

—¿De qué te ríes? —inquirió de pronto la millonaria.

—Si la señorita me lo permite, diré que de lo mismo de todos los días.

—Cuando hayas terminado, ve a darle mi encargo a Alan.

Norma dejó de reír. Era inteligente y, lo más importante, era que sabía emplear su inteligencia natural.

—¿Qué le digo a la cocinera, señorita?

—Dile que haga lo que os venga de gusto a vosotros.

—Perfectamente. ¿Nada más?

—Nada más.

Norma salió de la habitación y Corene comenzó a vestirse.

Abrió el armario ropero y examinó la doble hilera de vestidos.

—Es un martirio —susurró.

Lo que ella llamaba un martirio referíase a la elección del vestido que había de ponerse. Rió al mirar uno muy ancho, de mangas largas y cuello tapado.

—El de tarde es un encanto. ¿Por qué no serán todos como éste?

De repente una mujer dio un alarido en el interior de la casa, y precipitados pasos de hombre y un fuerte taconeo femenino fueron acercándose a las habitaciones de la dueña de la casa.

—Esa muchacha cada día está más nerviosa —musitó de nuevo Corene.

La criada Norma y el chofer Alan abrieron de pronto la puerta del dormitorio. La primera estaba mortalmente pálida y el chofer la dejó avanzar hacia el interior. Daba la impresión de ser un hombre que, de repente, ha perdido el habla.

—¿Qué pasa? ¿Habéis visto fantasmas?

Norma se dispuso a dar un segundo alarido, más el chofer se

rehízo y dando un salto llegó a tiempo de taparle la boca.

—¡Es algo espantoso, *miss* Corene! —dijo al fin.

—¿No puedes decirme de qué se trata?

—Creo que será mejor que venga a verlo, *miss* Corene.

—Admito que a Norma puede asustarle un ratón; pero tú, Alan…

—Perdone la señorita que la interrumpa, pero sería conveniente que viniera a ver lo que nos ha asustado a los dos; aunque tal vez sería mejor…

Corene no le dejó continuar, se echó una bata sobre el «deshabillé» y no hizo ningún comentario cuando el chofer le tomó la delantera.

—Si la señorita me permite opinar…

—Dilo, Alan.

—La señorita debería llamar por teléfono a la policía.

La opinión del chofer no prevaleció, puesto que la dueña de la casa no se detuvo ni hizo ninguna pregunta más.

Al ir a abrir la última puerta antes de salir al *hall*, el chofer se permitió una nueva impertinencia:

—Pido mil perdones a la señorita, pero mi opinión…

—Deja tus opiniones para más tarde, amigo mío. Vamos, abre la puerta.

La puerta de comunicación con el *hall* fue abierta. Corene sintió que el corazón le daba un vuelco ante lo que presenció.

Atravesado en el umbral había el cadáver de un hombre con el cuerpo horriblemente hinchado y la cara destrozada.

Corene tuvo bastante presencia de ánimo para determinar que aquel hombre debía de estar muerto desde hacía varias horas.

—Llama a la policía, Alan… Espera, yo misma lo haré. Mientras tanto, retrocede y procura calmar a Norma. ¡Ah! Exijo calma. ¿Me has oído? Una calma absoluta.

El chofer asintió, retrocediendo apresuradamente.

Corene se estremeció de pies a cabeza cuando estiró la mano y descolgó el auricular telefónico.

Su dedo índice temblaba cuando lo introdujo en los huecos numerados del disco.

—¡Es monstruoso! —balbució.

* * *

Corene Lindsey era una de las secretarias del jefe del Civil Aeronautics Authority.

Por consideración a su cargo, el coche y la ambulancia de la policía no hicieron sonar sus sirenas cuando se aproximaban y cuando se detuvieron en la calle Dieciséis, junto al Prospect Park, en Brooklyn.

La impresión que se recibía, ya desde lejos, al mirar la coquetona casita con jardín, situada entre dos rascacielos, era la de un vacío en una dentadura.

El teniente de la Brigada de Homicidios, alto, atlético, de movimientos felinos y repentinos, se sentó frente a la dueña de la casa. Antes de hacerlo, empero, sus ojos escudriñaron cuanto le permitía la bata de seda que envolvía el cuerpo de la mujer de las gafas antiestéticas.

«Me gustaría verla vestida de calle y sin gafas», se dijo.

—Me gustaría ver, es decir… —comenzó, rectificando a tiempo —, ¿conocía a ese hombre, *miss* Lindsey?

—Sí.

—¿Quién era?

—Un piloto de la «Pacific Lines».

—¿Cómo calificaría mi suposición de que ustedes habían salido juntos más de una vez?

—Como una tontería.

—No se muerde usted la lengua, ¿eh?

—No.

—¿Qué explicación puede darme que explique algo?

—Ninguna.

—¡Hum!

El inspector se levantó de un salto, se aproximó a la puerta de la salita, la abrió y dio unas instrucciones en voz baja, examinando al mismo tiempo la labor de los fotógrafos del Gabinete Antropométrico.

Cerró la puerta a su espalda y miró esperanzado hacia el sillón, cuando Corene descabalgó la pierna derecha de la rodilla izquierda y montó la izquierda sobre la derecha.

—Nada —dijo defraudado.

—¿Decía usted? —inquirió la dueña de la casa.

—Decía que es muy raro que hayan traído a esta casa el fiambre de un tipo que a estas horas debería estar volando.

—Rarísimo, en efecto.

Un detective joven y delgado, que escuchaba la conversación con la cabeza gacha, tomando nota taquigráfica de la misma, se sonrió imperceptiblemente al ver que su superior se paseaba por la salita con las manos cruzadas a la espalda sin dejar de mirar a la mujer de los cabellos oscuros, serena, de innegable personalidad.

—Usted no tiene necesidad de trabajar, *miss* Lindsey —dijo súbitamente el teniente.

—Trabajo para distraerme. Me aburren las diversiones de los demás. ¿No ha oído hablar de la misantropía?

—¡Hum! Y diga, usted tendrá novio, compañeros de trabajo, algún amigo…

—No tengo novio ni amigos; sólo un compañero de trabajo.

Se puso en pie.

«Me gustaría ver a esa mujer vestida de calle. Palabra que me gustaría», se repitió el teniente.

«Es alta y bien formada. No, no me parece amiga de… cierta clase de diversiones», se dijo el segundo.

—El general Doyle está a punto de llegar. El responderá a todas sus preguntas —siguió diciendo Corene.

—El general Doyle seguramente no podrá explicar a qué es debido que hayamos encontrado un cadáver en esta casa.

—No lo han encontrado ustedes. —Corene irguió altivamente la cabeza—. Yo les he telefoneado y ustedes han venido aquí.

Alguien llamó a la puerta de la sala, abriendo a continuación.

—El general Doyle y uno de sus agentes acaban de llegar, jefe. ¿Qué hago?

—Mételos dentro de un saco y arrójalos al río… ¡Qué pasen, estúpido!

—Bien, teniente. Y gracias por lo de estúpido. Antes me ha llamado animal. Creo que voy progresando.

El general Doyle y Walt entraron en la sala sin mirar al teniente. Lo que estaban viendo era una sorpresa que les quitó el habla.

Al atravesar el umbral y contemplar a una mujer cuyo cuerpo debía de tener las proporciones exactas de la Venus de Milo, aunque

ocultaba los ojos detrás de unas gafas horribles, se preguntaron si estarían soñando.

Capítulo IV

Cuando el jefe y el agente del CAA se disponían a cerrar la puerta de la sala, sonó el timbre telefónico.

—¿Paso la comunicación a la sala, teniente? —inquirió un detective.

—Sí.

El general Doyle pareció despertar de un sueño cuando el teniente se dirigió a la mesita del teléfono.

—Espere —dijo con severidad—. No tiene usted derecho a hacerlo sin el permiso de la dueña de la casa.

El teniente rezongó algo, descolgó el auricular y miró a Corene.

—Entérese de lo que dicen mis cómplices en el asesinato —dijo la joven con ironía—. Si se lo toma usted así…

—¡Un momento! —gritó el jefe del CAA, volviéndose hacia su secretaria—. Si usted no quiere, la policía no intervendrá en sus llamadas particulares.

—Gracias, jefe. Prefiero que lo hagan.

El teniente se llevó el auricular al oído.

—Diga.

Escuchó durante unos cuantos segundos. Al fruncirse, su entrecejo formó un apelotonamiento de pelos negros e hirsutos.

—Un momento —dijo. Alargó la mano con el auricular—. Es para usted, general.

Walt tomó la palabra por primera vez desde su entrada. Hasta entonces había estado contemplando a Corene, viéndola sin creer que aquélla fuese la secretaria de tarde del CAA.

—No me diga que ha habido una catástrofe en el New York International Airport, teniente —aventuró.

El policía entregó el auricular al general.

—¿Cómo lo sabía? —tronó.

—¡Silencio! —exigió el general.

Empalideció visiblemente a medida que escuchaba en medio de un silencio cargado de electricidad.

—Como las veces anteriores, ha sido en el momento de elevarse el aparato. Era un
«DC-7»
—explicó con voz cavernosa, volviéndose para mirar a los reunidos.

Ahora preguntó a grandes gritos:

—¿Cuántos muertos ha habido? —La boca del general se distendió—. ¿Sólo el piloto y el mecánico? ¡Biff! Me ha quitado un peso de la boca, del estómago, muchacho. ¿Cómo se llamaba el piloto? ¿Jim Starling? Bien. Siga en el campo y continúe investigando.

El militar colgó el auricular.

—¿Lo quiere más claro todavía, teniente…?

—Pomplum, Wallace Pomplum, general. Desde luego, no sé a qué claridad se refiere.

—Vaya contando. Si de trece pilotos quita cuatro, quedan nueve. Nueve hombres que están medio muertos de miedo y se niegan a volar.

—¿Se refiere a…?

—A la «Pacific Lines», que es la compañía a la cual pertenecía ese piloto que yace muerto en el *hall* de esta casa, el cual se llamaba Hooper Sroka y hacía un siglo que había desaparecido. Acaba de ocurrir una nueva catástrofe, afortunadamente cuando el piloto exigió hacer un vuelo de prueba antes de cruzar el mar. ¿Existirá una confabulación para hacer desaparecer a todos los pilotos de esa compañía? —Terminó musitando—: ¿Tendrá razón Walt?

El teniente Wallace miró a Corene, que se paseaba con la cabeza gacha y estaba a punto de dar media vuelta para regresar a la puerta de la sala.

«Verdaderamente esta mujer ese elegantísima, pero por algo que escapa a mi comprensión, parece estar dispuesta a ocultarlo», volvió a decirse.

Hizo una seña al taquígrafo y ambos se dirigieron a la salida.

—Le ruego que me perdone si la he molestado, *miss* Lindsey —dijo segundos antes de salir.

Al quedar solos en la sala, el general y Walt se sentaron.

—Bien, bien, bien —dijo el primero—. No sabía que viviera usted en un palacio encantado, Corene.

—Nací y pienso morir en esta casa, jefe. Desde luego, contando con el permiso de los que me han gastado esa… broma.

—¿Sospecha quién puede haberlo hecho?

—Desde luego es obra de un loco…

Se interrumpió. Era curioso que acabara de pensar en la última, conversación sostenida con su condiscípula Mary, la sobrina del doctor Hilton Jones, que le dijo entre sollozos la última vez que se vieron:

«—A veces pienso que voy a volverme loca, Corene. Mi tío… mi tío…».

La joven sacudió la cabeza al recordar que su amiga habíase interrumpido.

Walt tomó la palabra a continuación. Una cosa era el despacho del jefe del CAA y otra, y muy distinta, una casa particular.

—¿Estoy mirando a la secretaria del general Doyle, o a la dueña de este castillo? —preguntó con fingida ironía.

Corene se detuvo enfrente de los dos hombres, comenzó sonriendo y se dirigió a un mueble bar. Regresó a la mesita central y volvió boca arriba dos vasos de cristal de «Baccarrat».

—*Whisky*, supongo —afirmó más que preguntó.

—Para mí, sí.

—Para mí también, por favor.

—Soy la dueña de esta casa, Walt. —Contestó ahora Corene—. En el despacho del jefe soy su secretaria de tarde.

Cuando hubo llenado los vasos con el líquido ambarino, un Dumbarton escocés, se llevó las manos a la cara y se sacó las gafas de carey.

—¡«Fiat Lux»! —estalló el agente ante lo que vio.

Lo que vio fueron dos ojos pardos constelados de oro, radiantes y sonrientes.

La joven dio media vuelta, más antes suplicó:

—Excúsenme unos minutos.

Tardó veinte en estar de regreso, cuando Walt y el general habían ya vaciado el segundo vaso de *whisky* escocés y el agente escanciaba el tercero.

—¡Gran Dios! —exclamó ahora Walt, estando a punto de dejar caer la botella.

Los labios de Corene habían sido reseguidos discretamente por el «*rouge*» y las comisuras —como adivinó días antes Walt—, enarcadas, eran tentadoras, altamente sugestivas.

Corene Lindsey era una belleza completa, turbadora. Habíase vestido un traje sastre de color marrón, muy ceñido al cuerpo. Walt expresó la realidad de lo que estaba viendo con una pregunta que mereció la aprobación del general.

—¿De qué pedestal te has descolgado?

—No deseo que me erijan ninguno; ando mejor pisando tierra firme.

A pesar de su transformación, el semblante de la joven ya no podía ser más patético. Por un instante olvidó las exclamaciones del hombre que lo representaba todo para ella desde el día que le conoció.

—¿Han olvidado la tragedia de los Lindsey? —preguntó con ojos encendidos.

—No me diga que los esposos Lindsey eran… eran… —tartamudeó el general.

—Puede terminar de decirlo, jefe. Los esposos Lindsey eran mis padres. Al día siguiente de su muerte fui a verle a usted y le solicité la vacante de secretaria.

—Que usted se ganó a pulso.

—Gracias.

—Pero aquellos vestidos, aquellas gafas… toda usted. ¿Qué papel estaba representando, muchacha?

—Desde el primer momento sospeché que aquel accidente había sido provocado, jefe. Ahora sé que, desgraciadamente, mis sospechas eran acertadas.

Los dos hombres se bebieron de un tirón el contenido de sus vasos. Corene se encaminó a la mesita, haciendo intento de volver a llenarles los vasos.

Walt volvió boca abajo el suyo. El general Doyle imitó su acción.

—No bebo más, gracias. Gracias también por estar de acuerdo conmigo en lo que se refiere a los accidentes de aviación… provocados.

El general intervino de manera decisiva:

—Siento desengañarles, amigos míos; pero las sospechas de ustedes no son más que eso: sospechas. ¡Esperen! Quiero añadir que además tienen la mala suerte de que no existe ningún sospechoso a quien echar el guante.

Alguien llamó a la puerta. El teniente Wallace asomó su batalladora cabeza.

—Perdone, *miss* Lindsey. Atando cabos he recordado la primera catástrofe sufrida por uno de los aviones de la «Pacific Lines», cuando se disponía a emprender un viaje alrededor del mundo. ¿Eran sus padres los esposos…?

—Sí.

—Lo siento. Y perdóneme si puede mi interrogatorio. Ahora trataremos de averiguar quién ha sido el bromista que ha traído a esta casa el cadáver de ese borracho, pues no cabe duda de que el piloto Hooper Sroka se ahogó al caer borracho perdido al río.

Minutos después la ambulancia y el automóvil de la policía se alejaban de la casa sin hacer sonar las sirenas de alarma.

Sin haber vuelto a despegar los labios, el general Doyle se puso en pie, dando unos pasos hacia la salida.

—¿Irá hoy al despacho como todas las tardes, Corene?

—Sí, claro.

—La dejamos. Y le aconsejo que no piense más en este… incidente. La policía sirve al menos para velar por la seguridad de los ciudadanos.

Corene pulsó un timbre y la puerta de la sala se abrió, asomando la cabeza la criada Norma, cuya cara estaba tan lívida como la de una muerta.

—Acompaña a estos caballeros, Norma.

—Bien, señorita.

El militar tomó la delantera. El agente se detuvo unos instantes, miró hasta lo más profundo los ojos de la joven y le hizo una pregunta fuera de servicio:

—¿Cuando vuelva a verte irás vestida así, Corene?

—Si tú lo deseas…

—¡Con todas las fuerzas de mi alma!

Ella extendió una mano, él se la tomó y le oprimió los dedos con fuerza.

—Encontraremos a los causantes de la muerte de tus padres,

Corene. Tú necesitas que se te haga justicia. Yo… yo necesito hacer méritos para mi ingreso en el
F. B. I.

A continuación hizo una cosa extraña. Se llevó los deditos de la joven a una mejilla. Ella se estremeció al contacto de aquella barba rasurada, pero fuerte, dura. El terminó besándole los dedos.

Corene leyó fraternidad en la mirada que le dirigió el agente antes de salir en seguimiento del general.

* * *

Richard Farnum y Aaron Taylor *se* miraron con desafío. Hubiera bastado un simple pestañeo para que ambos se arrojaran el uno contra el otro como dos fieras sedientas de sangre.

Darlene, la escultural amiga de Collins, había hecho bien su trabajo cerca de los dos aviadores de la «Pacific Lines». Richard y Aaron, por este mismo orden, habían sido «conquistados» por ella.

Los tres se hallaban sentados ante una mesa del «Vernon Club», mientras las parejas danzaban en la pista.

—¿Qué os pasa, amigos míos? —se burló Darlene—. Yo diría que entre vosotros no reina la cordialidad de dos hombres que vuelan en el mismo aparato y la vida del uno protege la del otro.

—¡Este canalla…!

—¡Este miserable…!

La orquesta ahogó las palabras pronunciadas en voz alta por Collins, quien cayó como un gran pajarraco sobre la mesa.

—Hemos de hablar, muchachos —fue lo primero que dijo. Añadió tras una pausa— y Yo soy pariente de un tal Maquiavelo y me valgo de todos los medios para conseguir lo que me propongo.

Se sentó junto a Darlene, a la que besó en la barbilla.

—¿Vais comprendiendo? —Siguió.

Darlene rió y los dos aviadores tuvieron una sacudida, brutal, mezcla de rabia, odio y celos.

Collins tenía una mirada, un cuerpo, una elocuencia y unos procedimientos altamente dominantes. Era brutal con los hombres y salvaje con las mujeres.

—La historia ha terminado —siguió diciendo—. ¿Me habéis oído? Ha terminado una historia, pero ha empezado otra. Ésta es la

única que debe contar para vosotros en adelante.

Acabó de llenar el vaso de la mujer de los ojos enormes, aunque en aquellos instantes ya no tenían nada de inocentes, lo dirigió a sus labios y lo apuró de un sorbo.

—Esta mujer es mi novia —prosiguió.

—Una de sus novias —puntualizó Darlene, ya seria—. El solo, es más miserable y más canalla que vosotros dos juntos, amigos. ¿No os sirve de consuelo el saberlo?

El alto y espigado Aaron, rubio y con los labios continuamente entreabiertos, se puso en pie.

—¡Siéntate! —ordenó Collins.

El aviador no se lo hizo repetir. Aquel hombre ejercía un extraño poder sobre él.

—Repito que Darlene es mi novia. La empleé… Supongo que no necesito explicarlo. Examinad vuestros bolsillos, contad el dinero y preguntaos si nunca habíais soñado ser tan ricos.

Richard también se puso en pie.

—¡Siéntate!

Pero Richard no se dejó dominar por el magnetismo de la mirada del fornido Collins.

—¡Me sentaré cuando me dé la gana! Mientras tanto, usted tendrá que escuchar tres o cuatro palabras…

La botella empuñada por Collins se rompió contra una columna cuando, al ser dirigida contra Richard, éste se apartó.

La orquesta siguió tocando, más algunas parejas se detuvieron en la pista.

—¡Siéntate! —ordenó por tercera vez Collins.

Richard se dio por vencido. La imponente estatura y el hipnotismo de la mirada de Collins llenaron su alma de terror. Pero lo más terrible de todo para el piloto fue el pensar en los lazos que le unían a aquel monstruo de maldad.

Se sentó. Se había deslizado por la pendiente. ¿Por qué no tenía que dejarse ir como tantos otros antes y después que él?

Mientras tanto, las parejas que habíanse detenido reanudaron el baile y segundos después en el «Vernon Club» casi nadie se acordaba del incidente.

La pareja formada por Corene, una Corene natural, bellísima y sugestiva con su vestido de noche ceñido a su estrecha cintura y a

sus anchas caderas; y Walt, un Walt que se reía de sí mismo detrás de unas gafas casi tan antiestéticas como las que durante algunos meses usó Corene, iniciaron el diálogo.

—¿Lo quieres más claro? —preguntó él.

—¡Pero esto es espantoso! Ese hombre…

—Tan espantoso como quieras, pero como si no lo fuera, si no conseguimos las pruebas que necesitamos.

—¿Qué piensas hacer, Walt?

—Dejarte en tu casa para ir en busca de mi amiga Berenice. Ella podrá ayudarme mucho.

Corene se dejó llevar flojamente hacia un rincón de la pista. Repentinamente se desprendió de la mano de él y huyó hacia la calle.

Walt permaneció en la sala. Minutos después penetró en la cabina telefónica. Habló con Berenice sin perder de vista al piloto Richard.

También pensó en Corene. ¿Por qué había huido a la sola mención del nombre de la agente del FERA?

* * *

Walt había seguido a Richard, quien a su vez, seguía a Aaron hasta el final de la calle ciento cuarenta y cinco, junto al Hudson.

Aaron se detuvo y se quedó mirando las aguas del río como si en ellas esperara hallar una solución a su problema.

Richard arrojó su cigarrillo al suelo y lo aplastó furiosamente con la punta del pie.

—¡El maldito traidor! —barbotó.

Avanzó como un tigre hacia el muelle, miró detrás de él y dijo sin apenas levantar la voz:

—En el mundo sobran traidores, Aaron, y cuando nos separemos habrá uno menos.

Aaron se volvió, aprestándose a la lucha.

Walt estaba oculto detrás de una estiba de balas de algodón. Extrajo el paquete de cigarrillos, disponiéndose a fumar, pero lo pensó mejor y volvió a guardarlo.

—Podrían ver el humo —susurró.

Mientras tanto, Aaron, repuesto de su sorpresa al ver a su rival,

estuvo de acuerdo en un punto con él.

—Desde luego, admito que soy un traidor, Richard. Pero ¿qué eres tú?

—No me refiero a esa clase de traición que nos mantiene atados a Collins.

—Si lo dices por Darlene…

—De sobras sabes que me refiero a ella.

—Se puede ser traidor sin ser tonto. Bien claro lo ha dicho Collins, que sabe mucho de esto. ¡Darlene fue el cebo de que se valió para convertirnos en dos asesinos, dos canallas que ríen mientras suenan las monedas en sus bolsillos!

—¡Pero tú sabías que yo estaba loco por esa mujer, que ella lo significaba todo para mí!

—Querrás decir esa mujerzuela…

Richard se arrojó como una fiera sobre Aaron, quien le esquivó, pero no pudo evitar que la mano derecha de su antiguo compañero le destrozara el cartílago de la oreja izquierda.

Aaron era muy ágil y delgado, pero Richard era mucho más fuerte.

Este último recibió ahora un puñetazo en pleno estómago.

—¡Blanco! —dijo rabiosamente—. Ahora me toca a mí.

—¡Lo que estamos haciendo es una idiotez, Richard! —Aaron retrocedió.

—Idiotez o no, estoy seguro de que haré un acto de justicia arrojándote al río después de haberte estrangulado.

—Ya que hablas de hacer justicia, empieza arrojándote tú mismo al agua. Si lo haces, a continuación me arrojaré yo.

Richard recibió dos puñetazos más en el pecho y un tercero en la barbilla. Apenas se tambaleó, en tanto avanzaba con las manos engarfiadas y haciendo rechinar los dientes.

—¡Se aproxima tu fin, traidor!

—¡Quién sabe! Pero te aseguro que el tuyo no está lejos.

Aaron se volvió un solo instante para contemplar horrorizado las negras aguas del río.

Su rival le había obligado a retroceder hasta el borde del muelle.

Los largos brazos de Richard salieron disparados hacia el cuello de su antiguo amigo.

—¡Aaaaag! ¡Espera!

Aaron movió los pies y golpeó las piernas de Richard, más las manos de éste habían hecho presa en su cuello y se cerraban como un torniquete.

Walt no había podido entender ni una sola palabra de las que habíanse cruzado entre los luchadores. Tampoco pensó intervenir.

—Es lo mejor que le puede suceder —masculló—. Bastará con uno solo de ellos para hacerle vomitar lo que sea. Aunque, ¿qué pueden saber ellos?

Se refería a Aaron, que acababa de caer de rodillas mientras Richard seguía apretándole el cuello con ansias asesinas.

Un minuto después el forzudo piloto de la «Pacific Lines» levantó en vilo el cuerpo de su enemigo y lo arrojó al agua. Se oyó un leve chapoteo y renació la calma.

A lo lejos, fuera del recinto del muelle, la vida continuaba. En el cielo —si es cierto que cuando nace un hombre brilla una nueva estrella— una lucecilla acababa de apagarse.

Cuando Richard dio media vuelta, disponiéndose a internarse en los tinglados, Walt salió de su escondrijo y prendió fuego a un cigarrillo, dando los primeros pasos para ir al encuentro del homicida, el cual se quedó de una pieza al verlo.

—Es inútil que intentes huir, Richard —le advirtió—. Apártate de la orilla y escucha con calma.

El piloto semejó una fiera acorralada. Retrocedió, pero se dispuso al ataque.

—Cuidado, Richard —le advirtió de nuevo el agente del CAA—. Vas a caer al río.

—¿Quién es usted?

—¿No te lo imaginas?

Ahora el piloto se alejó de la orilla, internándose en la penumbra. De repente giró sobre sus talones y huyó. Corrió cuanto le permitieron sus piernas.

Un pie de hombre calzado con zapatos de suela gruesa se interpuso en su camino, haciéndole perder el equilibrio y dar de bruces contra el suelo.

Walt seguía fumando tranquilamente cuando observó:

—Soy más rápido que tú en la carrera. Si ahora quieres probar con los puños… ¡Eso no! Harías ruido.

El mismo pie que había hecho caer a Richard le golpeó la diestra

con la cual acababa de extraer una pistola. Ésta se perdió en la oscuridad.

—Y para que veas que te conviene razonar, hablar amigablemente conmigo…

El mismo pie, aquel terrible pie, le aplastó la nariz y le abrió el labio superior a Richard.

—No creas que lo siento. Tampoco he sentido la muerte de Aaron. Hombres como vosotros están mejor muertos que vivos. ¡Habla!

—¿Qué… qué quiere saber? Aquel canalla me hizo una mala pasada y le he dado su merecido.

—Olvídalo. Es cierto que le has dado su merecido, como también lo es que tú recibirás el tuyo. No obstaste, voy a señalarte el camino de la salvación.

—No sé de qué me habla.

—Como tú quieras…

Aquel maldito pie cayó implacable sobre la cara, el cuello y el vientre del piloto.

—¿Quieres hablar, decir quién os pagó para hacer la canallada del siglo?

—¡Condenado…!

Richard se movilizó como un resorte de acero bien templado, disparándose violentamente hacia arriba.

Antes de que sus piernas se afianzaran del todo, un puñetazo más potente que las patadas le cerró un ojo.

Mil estrellas y mil soles danzaron delante del piloto cuando quedó estirado boca arriba. Su boca se abrió para repetir, como si renunciara a seguir resistiéndose:

—¿Qué quiere de mí?

—Sólo una cosa: ¡Habla! Si te entrego a la policía te aplicarán el tercer grado y terminarás achicharrado en la silla eléctrica. Yo te ofrezco una solución mejor. ¿Qué opinas de un pasaje para una república sudamericana? Puedo garantizártelo.

El lugar estaba demasiado oscuro para que Walt pudiera ver la cara del piloto; no obstante, la respiración de éste se hizo menos ruidosa cuando quedó a gatas en el suelo.

—¿Quién es usted? —volvió a preguntar.

—Un puño y un pie que te romperán los huesos y te dejarán

medio muerto antes de entregarte a la policía para que te hagan cantar, si yo no consigo convencerte de que estás en un gran apuro. Aunque repito que yo te puedo salvar si cuentas todo lo que sabes de Collins.

—¡Nadie puede acusarme de nada! ¡Soy inocente!

Cuando Walt se agachó para agarrar por los hombros al piloto, dos relámpagos rasgaron la penumbra y un objeto caliente, delgado y penetrante le cortó la americana de cheviot como unas afiladas tijeras y le trazó un surco en las espaldas.

El agente aplastó con su peso al piloto, aunque fue por poco tiempo.

A Walt le dio la impresión de que el cielo y la tierra chocaban, atrapándole a él en medio.

La última percepción de lo que estaba ocurriendo la tuvo cuando la voz de un hombre tras el tenía cierta semejanza con la de Richard Farnum, dijo:

—¡Es un fulano que tiene fuerzas colosales! ¡Si hubiera visto cómo estranguló al pobre Aaron, arrojándolo después al río, Collins!

CAPÍTULO V

A Walt le despertó una patada en la cabeza, o al menos así lo creyó él.

Por si le cabía alguna duda de cuál era su verdadera situación, la voz de Richard se encargó de descartarla.

—¡Arriba, hijo! Voy a darte el salario por tu trabajo de ayer.

Algo contundente, seguramente el tacón de una bota, le golpeó la nuca a Walt.

—Esto es el aperitivo. Ahora viene la comida…

Cuando el agente del CAA se protegía la cabeza con un hombro, esperando de un momento al otro recibir un segundo golpe, Collins ordenó:

—¡Basta, Richard! Los muertos no hablan, y este tipo tiene mucho que decir antes de dejar de hablar.

—Si usted hubiera recibido…

—Recibiste tu merecido al salir del «Vernon Club», sin que yo te lo ordenara.

Walt enderezó el cuerpo cuanto sus ataduras le permitieron. El labio superior le dolió intensamente al preguntar:

—¿Quién cree que mató al otro piloto, Collins?

—¡Hola! Puede hablar, ¿eh, poli?

—Sí, pero quítese de la cabeza que yo sea de la policía. Le he hecho una pregunta.

Collins interrumpió lo que Richard iba a decir.

—Lo mató usted, Walt Taft. Al menos, así lo afirma mi buen amigo Richard Farnum, que es un hombre veraz si los hay.

—¡Cochino embustero!

—No se preocupe por el muerto, amigo. Le aseguro que la policía no le encontrará si es usted razonable.

El agente estaba tendido en el suelo de un barracón, seguramente junto a los muelles, a juzgar por la humedad que se le había clavado en los huesos.

Cuatro manos —la de los gangsters Rolien y Merlín— lo levantaron y lo arrojaron sobre un camastro empotrado en una de las paredes.

Dos lámparas eléctricas de gran potencia dirigidas hacia él le cegaron con su resplandor. Le era imposible ver nada del interior del barracón.

—Tengo un procedimiento para hacer firmar cualquier escrito a un hombre aunque esté muerto, agente del CAA —siguió explicando Collins—. ¿No me cree? Niéguese a decir lo que sospecha de mí, y usted mismo escribirá a la policía explicando cómo mató al pobre Aaron.

—El cadáver del piloto Aaron demostrará que el que lo mató fue Richard.

—¡Maldito embustero…!

Hubo un breve rumor de lucha que finalizó con una exclamación de dolor proferida por el piloto.

—No seas bestia, Richard —dijo Collins—. Ya ves que estoy convencido de que este tipo es el asesino de tu compañero Aaron.

Walt rió sardónicamente. Concluyó haciendo una pregunta:

—¿Qué piensa conseguir de mí reteniéndome aquí, Collins?

—Esa pregunta es cómo la espada de un caballero. Aunque yo, que soy un mal esgrimidor, pero muy listo, llevo una cota de malla… ¡Zas! La punta de su acero, espadachín, se ha mellado. Ahora yo estiro la mano, le coloco la punta de mi espada en la garganta y le pregunto: ¿Qué sabe de nosotros? Si sabe alguna cosa, ¿qué más esperaba saber?

El agente se desahogó, pero no se comprometió demasiado.

—Sé que usted es un cochino…

El canto de una mano de Collins, rígida, casi tan cortante como un cuchillo, golpeó una quijada del prisionero, quien lanzó un escupitajo rojo y alcanzó la cara del rubio personaje.

—¡Además de cochino, es usted un miserable, un cobarde, un…!

Le interrumpió una lluvia de golpes.

—Dejadlo —ordenó de pronto Collins—. Antes de matarlo hemos de exprimirle como a un limón.

El agente sintió que la sangre le resbalaba por la cara desde la raíz de los cabellos.

—¡Canalla, asesino, mal…!

Se le paralizó el corazón durante unos cuantos segundos y la cabeza le cayó a un lado.

«Estoy muerto. Mi corazón no ha podido sufrir los golpes», pensó.

Tuvo una alegría indecible, si bien tuvo la cordura de no demostrarlo, cuando Collins dijo con su inconfundible voz:

—¿Se le habrá acabado la cuerda a este suicida?

En el barracón se hizo el silencio a la entrada de un hombre que hasta entonces había permanecido en el umbral.

Walt sintió que le tomaban la muñeca y le buscaban el pulso. Le acometió una furiosa ansia de venganza y se dijo, tenso como un resorte de acero:

«Ahora me auscultarán».

Una respiración fatigosa le envió el aliento y a continuación sintió una opresión en el lado del corazón.

«Ahora», se dijo.

Mordió ferozmente la oreja de un hombre antes de que un alud de golpes cayera sobre él.

Antes de perder la conciencia del todo percibió un lamento y una exclamación proferida por un hombre más que maduro, viejo, a juzgar por la voz.

—¡Me ha dejado marcado para siempre! ¡Matadlo! ¡No, no! Lo necesito vivo.

Walt se sintió arrojado desde lo alto de una catarata, o al menos esto le pareció el ensordecedor ruido que le acompañó mientras caía, caía desde una gran altura.

Creyó sentir el ruido que hizo su propio cuerpo al chocar contra la superficie del agua. Se hundió, le faltó el aire y perdió la noción de todo.

En los últimos instantes, Collins había sufrido una transformación al ver entrar a un personaje de aspecto impresionante, el cual desaprobó con un gesto lo que estaban haciendo con d prisionero, cosa que ocurrió durante la segunda andanada de insultos del agente y subsiguiente tanda de golpes.

Fue el mismo personaje quien se inclinó sobre el prisionero, le

tomó el pulso y a continuación le auscultó.

El penúltimo pensamiento del agente al sentir que le tomaban el pulso, fue para decirse que aquel hombre debía de ser un médico; el último, antes de perder por completo el sentido, díjose que debía de ser un hombre de cierta edad, bronquítico o asmático.

«Lo que no sabes, fulano, es que, si escapo de ésta te reconoceré por la cicatriz de la oreja. Si Collins manda a los pilotos y tú mandas a Collins, tú debes ser el criminal más famoso de todas las épocas», se dijo.

* * *

Un líquido ardiente, que estuvo a punto de ahogarle, devolvió a la vida al agente del CAA.

—¿Dónde estoy? ¿Quién…?

Unos labios llenos, cálidos y temblorosos lo silenciaron.

Berenice tenía las manos ocupadas. Con la izquierda sostenía un frasco achatado y con la derecha el tapón con rosca que servía al mismo tiempo de vaso.

Al ver que el agente comenzaba a hablar, no tuvo más remedio que cerrarle la boca con la suya, la cual fue retirando muy despacito, a medida que iba diciendo:

—Calla. Nos va en ello la vida, Walt.

—¡Hola! ¿Quién dijo que tú no eras buena, Berenice?

—Silencio, amigo mío.

La joven llenó dos veces seguidas el vasito y vertió la fuerte ginebra holandesa en la garganta del agente.

La sangre corrió con fuerza por las venas de Walt, que se esforzó por abrir los ojos, sin conseguirlo.

—¡Me han dejado ciego! —balbució.

—No. Apenas se ve nada. Voy a desatarte.

Transcurrieron varios minutos y Walt sólo oyó el suave jadeo de la joven.

—Intenta ponerte en pie —le susurró ella. Agregó con una especie de lamento—: He destrozado mis uñas, pero he conseguido desatarte.

Al agente le pareció que la última afirmación de Berenice no era cierta.

—¿Me has desatado?

—Sí. Calla y ponte en pie.

El cuerpo y las extremidades del agente estaban envaradas.

—¡No puedo! —bisbiseó.

—Toma, bebe un poquitín más.

El cerebro del agente transmitió una orden a su mano derecha, pero ésta desobedeció.

—No puedo, no puedo… —dijo ahora sin entonación.

Ella aplicó la boca del frasco a la del agente y el líquido penetró en su garganta a borbotones.

—Haz un esfuerzo, Walt.

Hizo el esfuerzo pedido y consiguió incorporarse en el camastro.

—¿Lo ves? —musitó ella.

—¿Estamos… estamos solos, serafín?

—Aquí dentro, sí, pero junto a la puerta hay un hombre.

—¿Cómo has conseguido entrar?

El ojo izquierdo del agente estaba completamente cerrado a causa de la inflamación, pero con el derecho vislumbró algo blanco y resplandeciente. Eran los blanquísimos dientes de Berenice al sonreír.

—Ha sido lo más fácil del mundo. He arrojado una piedrecita al río y el guardián ha ido a ver de lo que se trataba. Mientras se alejaba de la puerta, *yo* he entrado. Eso es todo.

Walt consiguió sentarse en el camastro.

—¿Es un tipo moreno, con cara de boxeador?

—No.

—¿Rubio, con el mentón cuadrado?

—No, no. Es elegante y muy guapo. Me gusta más que tú.

—Menos mal.

—¿El que me guste más que tú?

—No. Me refería a que ese tipo no es tan fuerte como los otros dos por los que te he preguntado.

Consiguió ponerse en pie, pero las piernas le temblaron como el primer día —siendo estudiante universitario— que pisó un *ring* y consiguió noquear a su rival, si bien él estaba casi tan K. O, como su contrincante. Aunque con un poderoso esfuerzo de voluntad consiguió sostenerse de pie y ser declarado vencedor.

—Es un tal Coy —explicó—. Un mujeriego muy fino y elocuente,

tan criminal como Roy y Merlín… Trae esto.

—¡Te emborracharás!

—Es que si no bebo no ando, Berenice.

Trasegó la ginebra, es decir, la trasladó del frasco al estómago sin paladearla. Aquel líquido quemante le dejaba sin aliento durante unos segundos, más luego le daba nuevas fuerzas.

Arrojó el frasco vacío sobre el camastro, flexionó los brazos y cerró las manos, sintiendo que le dolía todo el cuerpo. Sin embargo, dijo:

—Sígueme.

—Ese hombre tiene un revólver.

—Y tú no has traído el tuyo. ¡Así andan las cosas en el FERA!

—No me diste tiempo de recogerlo. Cuando recibí tu llamada telefónica estaba a punto de meterme en cama —protestó ella—. Ha sido un milagro que descubriera este lugar.

—¿Estamos cerca del muelle?

—Estamos en el muelle del carbón, no muy lejos de la calle Hendrix.

Caminaron de puntillas, aproximándose a la salida. Se detuvieron al oír unos pasos que se dirigían a la puerta.

Un hombre llegó a la altura de ésta, la sobrepasó y se alejó. Repitió esta operación otras tres veces.

Walt puso los brazos en cruz y respiró a pleno pulmón. Musitó:

—Cuando vuelva a pasar por delante de la puerta, abriré de golpe. Con el revólver ese tipo es capaz de escribir su nombre y apellido en el cuerpo de cualquiera; pero con los puños no creo que valga gran cosa.

—Perfectamente —cuchicheó Berenice, formando una circunferencia con los dedos pulgar e índice de la diestra—. Yo te ayudaré en lo que pueda.

—No creo que haya necesidad de…

Los pasos se detuvieron en la calle cuando a corta distancia sonó el motor de un automóvil. El motor se paró y unos frenos rechinaron, no tan fuertemente, no obstante, como los dientes de Walt.

—¿Hay novedad, Coy? —preguntó fuera una voz masculina.

—¿Qué novedad quieres que haya, Rolien? El poli dormirá hasta mañana, y no me extrañaría que no despertara. Con la leña que le

hemos dado podría construirse un poblado lleno de cabañas.

—Vamos a verlo. No conviene que se nos muera antes de hacerle hablar. ¡Si vieras cómo se ha puesto el jefe!

—Le temo más a Collins que a los de la poli.

—No me refiero a Collins, sino al otro.

—¿Sabes quién es?

—¡Ja, ja! —rió con soma el recién llegado—. Creo que no lo sabe ni el propio Collins. Sólo sé que es quien paga. ¡Vamos!

La puerta del barracón se abrió hacia el interior. Un haz de luz taladró la penumbra.

Repentinamente, la puerta se abrió un poco más y se cerró con fuerza, golpeando de lleno la frente de Rolien.

—¡Eh! ¿Qué te pasa, amigo…?

Rolien cayó como fulminado por el rayo, en el instante en que Walt salía a la calle y cargaba todo el pesa del cuerpo sobre el puño izquierdo al dispararlo al frente.

Sonó un crujido de huesos rotos, pero el gángster no cayó.

El segundo puñetazo del agente, dirigido éste contra el estómago del guapo Coy, le sorprendió con la diestra oculta en el sobaco izquierdo.

Antes de que cayera al suelo, el agente le arrebato una «Walter» punto rojo de la mano.

—¡Bien hecho, muchacha!

Esta exclamación se debió a la rápida acción de Berenice, quien se dirigió al automóvil y subió al lado del volante.

Walt sabía una cosa, luego que consiguió arrojar al suelo de la parte posterior del vehículo a los dos gangsters, y era que estaba borracho perdido.

Borracho y sin fuerzas para apretar el gatillo de la pistola en el caso de que sus prisioneros volvieran en sí de su inconsciencia.

* * *

El asunto que se debatía en la oficina del jefe del FERA era más que grave, gravísimo. Si se confirmaba la acusación del agente secreto del CAA, el Departamento quedaría exento de pagar a la «Pacific Lines» una indemnización casi astronómica. El alto tribunal de la Administración se encargaría del asunto y clavaría una

dentellada en los acusados… en el caso de que éstos fuesen habidos.

¡Pero era tan atractiva Berenice! Además de atractiva, Emery no había conocido a ninguna otra mujer que fuese capaz de montar una pierna a caballo de la otra con tanta elegancia, con tanta finura, con tanta distinción.

—Usted asegura que estos gangsters pueden conducirnos a un extremo de esa enmarañada madeja. ¿Es eso lo que ha dicho, agente?

Walt carraspeó.

—Le advierto, míster Adams —observó—, que aunque tengo un ojo cerrado, me doy cuenta de si me miran al dirigirme la palabra.

El general Doyle afirmó tajante:

—Yo añado que mis ojos ven tan bien como cuando tenía veinte años.

Emery Adams dejó de contemplar las bien torneadas piernas de su agente femenino. Enrojeció mientras se excusaba:

—Perdonen. Estaba pensando…

—¡Ejem! —Tosió ahora el general.

—¡Ya! —dijo Walt.

Berenice hizo algo más práctico que toser y decir ya. Cubrió con un rápido movimiento sus rodillas y se hizo la calma en el espíritu de su jefe. Aquel hombre ya no era joven, pero estaba enamorado de ella y se decía que era bastante rico…

Emery Adams volvió a ser el hombre irritable de costumbre. A pesar de la presencia del importante personaje de la aviación civil, no pudo evitar que su cara se congestionara.

—He hecho una pregunta —dijo secamente.

—No, no; yo he hecho una afirmación, que no es precisamente lo mismo —replicó Walt amostazado.

—¿Quiere repetir lo que ha dicho?

El elegante general Doyle se puso en pie, dirigiéndose a la mesa central de la oficina y mirando fijamente a su único ocupante.

—Escuche, Emery. Mi Departamento entiende en los asuntos de la aviación civil: autorización de vuelos, organización de las nuevas Compañías, rutas, anormalidades en los campos y en pleno vuelo. ¿Quiere que lleve este asunto a la policía?

Emery se puso rápidamente en pie.

—¡No! Hablemos como amigos, general. Hasta ahora no se ha

hecho ninguna acusación formal. Continuemos igual hasta que tengamos las pruebas que ustedes prometen.

Emery había perdido parte de su irritabilidad, olvidándose de que su agente Berenice era un encanto de criatura con unas piernas largas y finas, unos labios rojos y llenos y unos…

—Voy a hacer entrar a esos hombres. Les garantizo que les haremos cantar. Tenemos procedimientos que no fallan —afirmó—. Aunque, desde luego, todo eso que vamos a hacer es ilegal.

—¡Me río de la legalidad! —rezongó el general. En la antesala sonó un rumor de lucha. Pareció como si las mesas y las sillas cobrasen vida en medio de una barahúnda infernal, aunque— no se oyó ni una sola voz humana.

Cuando Walt dio cuatro o cinco zancadas y atravesó el despacho, fuera sonaron dos pistoletazos.

—¿Cómo se abre esto? ¡Maldita sea…!

El pomo de la cerradura giró libremente, pero la puerta permaneció cerrada.

—¡Ayúdenme! —gritó.

El general, Emery y Walt se arrojaron al mismo tiempo sobre la puerta, la cual cedió con un ruido seco de madera rota.

Los dos primeros cayeron cuan largos eran; el agente resbaló, quiso agarrarse a una de las patas de la mesa y ésta volcó.

—¡Santo Dios! —exclamó.

Quedó en cuclillas, con el pecho rozando el de un hombre tumbado e inmóvil y con la cara casi pegada a la suya.

Intentó ponerse en pie, pero volvió a resbalar, quedando sentado en el suelo y mirándose las manos llenas de sangre.

Miró a su espalda y vio a un segundo hombre, de rodillas éste, sangrando por una herida en el costado.

—¿Qué ha pasado aquí? —bramó el general Doyle.

Miraron hacia la derecha, donde había un banco. Este banco estaba vacío…

Walt dijo en un lamento:

—¡Tampoco podremos acusarles de este nuevo crimen!

Poco antes, al entrar en las oficinas del jefe del FERA, habían dejado a Rolien y Coy sentados allí bajo la vigilancia de dos guardianes vestidos de paisano.

Uno de los guardianes, un verdadero coloso de unos cuarenta

años, estaba muerto en el centro del vestíbulo. El otro…

Walt corrió hacia él para impedir que se derrumbara. Llegó tarde. El hombre cayó de lado, parpadeó des o tres veces y quedó tan inmóvil como su compañero.

Aplicó una oreja al lado izquierdo del pecho del caído, casi tan ancho y alto como su compañero. Su corazón había dejado de latir.

Acababa de ocurrir una verdadera catástrofe. No podían denunciar a los gangsters, porque ellos mismos habían comenzado burlándose de la Ley al detenerlos.

—¿Qué haremos ahora, santo Dios? —preguntó Emery.

Walt encontró la solución, una solución vergonzosa, que era, no obstante, la única viable para salir del paso.

—Unos desconocidos han entrado a robar… ¿Qué les parece? —propuso.

No obtuvo contestación. Concluyó:

—Podemos explicar que no robaron gracias a la resistencia de los dos guardianes.

Silencio.

* * *

Walt había cambiado su americana de cheviot por otra de hilo, blanca, casi transparente, cuyas mangas, al más ligero movimiento, ponían de manifiesto las rotundidades de sus bíceps.

Corene llevaba un vestido blanco, brillante, ajustado a la cintura y a las caderas.

A la joven le latía el corazón al mirar la escalerilla del reactor, por la cual ascendían algunos pasajeros.

—Nada ha variado —susurró—. Todo está igual que aquel día.

Walt la prendió por un brazo.

—No lo pienses más, amiga mía —dijo con cariñoso acento—. La vida está hecha para seguir adelante. Detrás, pese a que se suele decir de que los tiempos pasados son siempre mejores, sólo quedan tragedias. Delante… El porvenir es agradable porque resulta una incógnita.

—Es fácil hablar así cuando el pasado no encierra ninguna tragedia para nosotros.

—Quizá.

—Pero tú no estás de acuerdo conmigo.

—¡Quién sabe!

Ella le soltó, señalando al frente.

—¿Ves ese avión?

—Lo veo.

—¡En ese mismo lugar murieron destrozados mis padres! Casi no fue posible identificarlos.

El empleó la misma energía al volverse y señalar en dirección a la ciudad.

—¿Ves Nueva York? Pues ahí murió mi padre… no importa cómo —volvió a mirar al reactor y bajó la voz—. Teníamos una flota de quince aviones y lo perdimos todo… ¡Todo! Algún día te lo explicaré.

CAPÍTULO VI

El diálogo entre Walt y Corene no había terminado.

Los negros ojos del agente refulgían al fijarlos durante un segundo en los de la joven, pardos, salpicados de motitas doradas.

—Haz como yo —barbotó—. Olvida el pasado y mira cara a cara al porvenir.

Ahora fue Corene la que lo prendió por un brazo, cerrando la manita sobre un amasijo de carne y músculos que tenían la dureza del acero.

—Yo no sabía… no sabía que tú…

—¡Olvídalo, olvídalo! —insistió él—. Ya ves que mi pasado también encierra una tragedia. Aún podría decirte que nuestra ruina fue provocada por… No hablemos más de eso, ¿quieres? Al menos, no hablemos más por hoy.

—Pero tú has dicho que la vida está hecha para seguir adelante y que el porvenir es agradable porque resulta una incógnita.

—¿Eso he dicho?

Se miraron y ella asintió mientras sonreía inefablemente.

Walt corrió un velo definitivo sobre el pasado, cambiando de conversación.

—Nueva York, visto desde las afueras, es la ciudad más hermosa del mundo —ponderó.

—Hermosísima.

Dos hombres con cascos de cuero en las cabezas, detuviéronse al llegar a la altura de la pareja.

—¿Míster Walt Taft? —inquirió el más alto, de ojos grises y agudos.

—Atiendo mejor por Walt, amigo. ¿Es usted el piloto del reactor?

—El mismo. Me llamo Gilbert Sims. Éste es el copiloto y navegante, Primo Tassinari.

—Tanto gusto, amigos. Esta señorita es Corene Lindsey.

Se estrecharon la mano y el copiloto retuvo la de la joven.

—¡Lindsey! ¡Lindsey! ¿Por casualidad no es usted la hija de…?

Ella asintió y retiró la mano.

—Lo siento —se excusó Primo—. El día de la catástrofe que costó la vida a sus padres, yo estaba en el campo. Vine a despedir a una compatriota de mis padres que regresaba a Italia. Murió. ¡Todos murieron! Es decir, todos no. Un gran cochino que terminó desapareciendo…

—Punto en boca, Primo —cortó el piloto—. El undécimo mandamiento se refiere a morderse la lengua antes de hacer una acusación que no se pueda probar. Observa que ni la policía ha acusado a nadie.

La intervención de Walt desconcertó al piloto Gilbert.

—Oiga, no es que yo me vaya a ir como una canilla; pero me pregunto si el sitio de ustedes no está en la carlinga del avión.

—El mecánico cuida de los motores y la azafata de los pasajeros. Yo…

—Eso. Hábleme de usted y del copiloto.

—Hemos ido a tomar un café —repuso secamente Gilbert.

—¿Tienen autorización para hacerlo cuando el avión está en la pista?

—Verá, amigo. Nosotros…

Walt se volvió de espaldas al campo, mientras decía:

—He dicho que me gusta irme como una canilla, o dicho más claramente, no me gusta ir con cuentos a mis superiores. Desaparezcan como el humo, mientras yo no les miro.

Corene miró hacia la derecha del campo. Ella tampoco vio nada cuando les dos aviadores desaparecieron.

—Gracias, amigo —dijo Primo antes de internarse en la pista.

Gilbert no despegó los labios.

Corene asintió con un movimiento de cabeza ante el comentario del agente.

—El copiloto es un buen muchacho, pero el piloto me gusta menos que un dolor de muelas.

Precedido por un bocinazo de advertencia, el altavoz del campo

comenzó a funcionar.

—Señores pasajeros del reactor de…

Walt, que estaba mirando a Corene, la vio palidecer.

—Vamos, vamos —la animó—. Quedamos en que sólo miraríamos al frente, de cara a cosa ignorada llamada futuro: un marido, hijos, alegría, dicha, y todo eso.

Corene se sonrió de una manera que robó el aliento al agente.

—No puedo remediarlo. Cada vez que oigo uno de esos altavoces…

—Fuma uno de mis cigarrillos —la interrumpió él, pretendiendo serenarla y serenarse.

—Se me pone la carne de gallina al…

—No te diré que mis pitillos contengan vitaminas, pero los fumo con filtro —siguió el agente, dispuesto a todo trance a desviar la conversación.

—Es algo tan poderoso que me hace sentirme indefensa como una niña.

—Tómalo. ¿O prefieres que te lo encienda yo mismo?

Corene se llevó el cigarrillo a los labios y quiso seguir hablando.

—No podré olvidarlo mientras viva.

Walt dirigió la llama de su mechero al pitillo de la joven.

—Aspira con fuerza. Mientras lo haces no hablarás.

Ella obedeció. Sonrió mientras lanzaba al aire la bocanada de humo.

Detrás de ellos sonó un silbido penetrante. Se volvieron mientras Corene dejaba caer el cigarrillo al suelo.

El reactor corrió sobre sus ruedas unos centenares de yardas; terminó despegándose del campo y dirigió la proa hacia el infinito.

Corene tembló de pies a cabeza. Pensó en sus padres, en los desgraciados que aquel día, hacía tantos meses.

Su pensamiento quedó incompleto. Sonó una explosión ensordecedora encima de sus cabezas. De repente se hizo un silencio mortal.

Segundos más tarde, el cielo se llenó de puntitos pequeños que descendieron, descendieron raudos, hasta que al fin semejaron quedar suspendidos como grandes copos de algodón, que a su vez terminaron descendiendo lentamente.

Una hora después se sabía que los pasajeros que habían seguido

las instrucciones que les fueron facilitadas en el momento de expenderles los billetes, siete en total, salvaron sus vidas. Afortunadamente, desde la última catástrofe, los pasajeros de la «Pacific Lines» se retraían, cada día eran más escasos.

Mientras sostenía a Corene, blanca como el papel, el agente del CAA inquirió de un modo que hizo enarcar las cejas al representante de la desafortunada compañía de aviación transoceánica:

—Desde luego, el piloto Gilbert Sims está entre los vivos. ¿Acierto, amigo?

—Sí. Pero ¿por qué…?

—Y el copiloto y navegante Primo Tassinari ha resultado muerto. ¿He acertado también?

—Oiga, amigo. ¿Qué forma es esa de preguntar…?

Llevando a Corene casi a peso de brazos, Walt salió de la oficina llevando escrito en el rostro lo que pasaba por su corazón.

«Tal vez no consiga nada práctico, pero desde luego, ha llegado el momento de actuar de firme. Dios me ayudará a resolver este trágico problema si ve que me ayudo», se dijo. Aquella misma tarde la «Civil Aeronautics Authority», decretaba el cese de vuelo de los aviones de la «Pacific Lines». El doctor Hilton acababa de ganar una batalla definitiva moviendo la dama-Darlene, la torre-Collins, los caballos Richard Farnum y Gilbert Sims, y los peones Rolien, Coy y Merlín, sintiéndose él mismo el rey de aquella victoriosa partida de ajedrez.

* * *

Walt tuvo que morderse el labio y crispar los puños al ver que el que le recibía era el ex campeón del peso medio Merlín, si bien desde que había dejado de entrenarse, habíase convertido en un peso fuerte.

—¿A quién anuncio? —preguntó el boxeador.

El agente aceptó la ironía solo a medias.

—Yo diría que nos conocemos de antiguo, amigo.

Haciéndose el sordo, el ex púgil extendió la diestra.

—Su tarjeta —exigió.

—No hace falta. Puede darle mi nombre y apellido a su jefe, sin necesidad de que yo le entregue mi tarjeta.

—Lo siento —repuso imperturbable el boxeador—. Me temo que míster Trenton no podrá recibirle. No recibe a desconocidos.

—Déjese de monsergas y…

Merlín señaló la puerta por la cual acababa de entrar el agente.

—La salida es por allí, señor.

Walt se sonrió imperceptiblemente. Se estaba repitiendo la escena entre él y Corene el día que presenciaron la explosión en el aire del reactor de la disuelta «Pacific Lines».

—Está bien, está bien; usted gana por ahora —accedió.

Extrajo una tarjeta oficial y se la entregó al uniformado portero.

Éste cambió instantáneamente de actitud.

—Sírvase aguardar un segundo, míster… —leyó la tarjeta—, míster Taft.

Entró en un despacho cuya puerta estaba ricamente tapizada. Cuando reapareció la mantuvo abierta y se hizo deferentemente a un lado de la misma.

—Míster Trenton le espera, míster Taft.

Walt se detuvo al llegar a la puerta del gerente y le lanzó el humo a la cara a Merlín, dejando caer la colilla en el suelo.

Hubert Trenton, el gerente de la «Air Company», era un hombre de unos cincuenta años, con un bigote recortado tan gris como su cabello y unos ojos de mirada escudriñadora.

—Está usted en su casa, míster Taft —dijo mientras se ponía en pie para recibir a su visitante.

El joven no habló hasta que se hubo sentado en una butaca, frente a la mesa.

—Gracias, gracias —dijo con sorna—. Supongo que ya sabe a lo que he venido…

—Desde luego, míster Taft. Lo tenemos todo en regla y tanto nuestro personal como nuestros aviones sólo esperan la autorización de las Autoridades Civiles Aeronáuticas para sustituir a la «Pacific Lines».

El agente extrajo de mala gana un sobre sellado del bolsillo interior de la americana.

—Léalo, sírvase firmarme el acuse de recibo y dispóngase a escucharme.

—¡Encantado, míster Taft! —El gerente de la nueva Compañía abrió el sobre con una cuchilla y extrajo un documento oficial,

revisándolo detenidamente. Todos sus movimientos resultaron metódicos, fríos, calculados.

Lo que más llamó la atención del agente fue que, durante los minutos que el gerente empleó en revisar el documento, se volvió hacia la derecha y hacia la izquierda con gran insistencia.

«Este avechucho quiere demostrarme que él, que pasará por ser el amo de la nueva Compañía, no tiene nada que ver con el médico que me auscultó el día que Collins me sorprendió, divirtiéndome con Richard Farnum», se dijo Walt.

Se sintió decepcionado. Herbert Trento respiraba normalmente, en tanto que el hombre que le tomó el pulso y le auscultó el día que fue atrapado por Collins, Rolien, Coy y Merlín, debía de ser un hombre más viejo, e indudablemente médico de profesión.

—Voy a telefonear para que la Prensa *y* la Radio nos haga la publicidad. Mañana mismo, nuestros aviones surcarán el Pacífico —dijo de pronto el personaje.

—Me gustaría decirle unas cuantas palabras antes de que haga nada de eso, amigo.

—Antes no; tendrá que ser después, míster Taft —replicó Hubert silabeando el «míster».

—Como quiera, como quiera. Está usted en su casa.

Walt tuvo que reconocer que aquel hombre sabía lo que se llevaba entre manos.

Empleó los tres teléfonos de su mesa, y a través de los mismos dio unas cuantas órdenes secas y breves. Al ñu, unió sus manos y miró de hito en hito a su visitante.

—Le concedo cinco minutos, míster Taft. No dispongo de más tiempo.

Walt descubrió por primera vez parte de su juego. La rabia le consumía al observar que hasta entonces, todos los triunfos del juego habían ido a parar a las manos del cerebro, cuyo brazo era Collins. El —al menos hasta entonces— sólo había tenido cartas falsas en aquel juego infernal.

—Me bastarán para decirle que les seguiremos los pasos a usted y a toda su pandilla… míster Trenton —contestó—. ¡Espere! No se ría tan pronto. Le aseguro, que tarde o temprano descubriremos que ustedes fueron los causantes de las catástrofes que costaron tantas víctimas inocentes entre los pasajeros de la «Pacific Lines».

—El reloj no se detiene, míster Taft —observó Hubert, poniéndose en pie—. Le quedan apenas dos minutos.

—Sólo he empleado uno de los cinco que me ha concedido. ¿Ni en eso sabe jugar limpio?

—Su reloj atrasa.

—Bien, como quiera. Lo que me queda por decirle solo me empleará quince segundos. Dígale a Collins, que tarde o temprano también me pagará la paliza que me dio; la pagarán él y quien le da órdenes. Entonces será cosa de…

Hubert pulsó el zumbador eléctrico y la puerta del despacho se abrió.

—Míster Taft va a salir, Merlín; acompáñale hasta la puerta —dijo, brevemente.

Walt volvió la cabeza para advertir al ex boxeador, el cual avanzaba hacia la mesa:

—No le aconsejo que me ponga la mano encima, boxeador fracasado; le aseguro que le daría mal resultado. Y usted escuche mis últimas palabras, Trenton…

—¡Un momento! —dijo el gerente de la «Air Company», deteniendo con un ademán al boxeador. Miró al joven—. ¿Piensa salir inmediatamente de este despacho?

—Sí. Pero antes oiga…

—¡Échalo, Merlín! Este hombre está loco.

El agente estiró el puño izquierdo, pero su golpe se perdió en el vacío. Llevado de su impulso dio un traspiés y tuvo que agarrarse a la mesa para no caer.

Recibió dos puñetazos, uno en la barbilla y el otro en el estómago, los cuales le quitaron el aliento.

Cuando quiso reaccionar ya era demasiado tarde.

Merlín siguió moviendo los puños mientras lo sacaba del despacho. Al llegar junto a la puerta, aplicó un soberbio un-dos al mentón de Walt.

Segundos más tarde, el agente del CAA ocupaba el centro de un círculo de curiosos.

Se puso en pie y se alejó tambaleándose como un borracho, diciéndose que había sonado la hora de devolver diez golpes por cada uno de los que había recibido.

* * *

En el despacho del jefe del. CAA, dos mujeres muy distintas entre sí, bella y sugestiva la de los cabellos oscuros, y grácil, delicada y de cabellos dorados la otra, estaban solas.

El general Doyle había comunicado telefónicamente a su secretaria de tarde, que no acudiría a su despacho. Terminó dándole algunas instrucciones.

Fuera hacía un calor pegajoso. En el interior oíase el interrumpido zumbido de las palas del ventilador al rodar vertiginosamente.

Hacía diez minutos que Corene había exclamado:

—Esto es sencillamente monstruoso, Mary.

Lo había dicho sin entonación, demasiado impresionada para darle énfasis a la exclamación. Mary había sido su mejor condiscípula, una verdadera amiga para la joven Lindsey.

Diez minutos después, Mary rompió el silencio.

—¿Comprendes ahora por qué he guardado silencio, Corene?

La contestación sonó como un latigazo, y la rubia Mary inclinó la cabeza sobre el pecho, como si el techo acabara de derrumbarse sobre sus hombros.

—¡No! Es incomprensible.

—Soy la única heredera de tío Hilton —arguyo Mary—. Debes comprenderme, amiga mía. Al principio creí que se trataba de originalidades de mi tío. No podía denunciarle por simples suposiciones. Todos, incluso tú misma, me hubierais acusado, habríais creído que quería deshacerme de él para heredarle.

—¡Debiste venir a verme, telefonearme, escribirme!

—No podía hacerlo, Corene. Tío Hilton me hace seguir los pasos. Cuando no es un hombre muy alto, cuya mirada parece desnudarme, es un hombre chato, posiblemente un boxeador, que siempre masca chicle…

Corene interrumpió a su visitante, pero ahora lo hizo con un acento menos severo.

—Pudiste escribirme, citarme en la casa del doctor, como si yo fuera la modista, hacerte la encontradiza conmigo. Había cien medios para que te pudieras comunicar conmigo sin que tu tío se enterase.

Mary meneó la cabeza.

—Un sujeto muy esbelto, un hombre atractivo que voltea incesantemente un llavero entre los dedos, es el encargado de seguir todos mis pasos. Cuando no lo hace él, es otro también alto, con el mentón cuadrado, un hombre temible… ¡No me dejan a sol ni a sombra! Si bajas a la calle, ahora mismo los verás a los dos en el automóvil en que me han seguido.

La secretaria volvió la cabeza para contestar a un agente del Departamento que abrió la puerta, luego de obtener el permiso para hacerlo, informándole que el jefe no vendría aquella tarde.

—Se trata de un asunto urgente, *miss* Lindsey —replicó el agente.

—Lo siento, agente Johnson. Vuelva más tarde por si él me ha telefoneado.

El agente se retiró rezongando, y Corene se puso en pie, aproximándose al lado de su amiga, la cual estaba hundida, aplastada en su sillón.

—Permanecerás aquí hasta que hayas hablado con mi jefe, Mary.

—Cuando salga me matarán. ¡Tío Hilton es capaz de todo! Sé que está loco, ¡loco de remate!

—No saldrás de aquí por ahora.

Solicitó comunicación telefónica y habló en voz baja con el teniente Pomplum, de la Brigada de Homicidios.

Mary, que no escuchó la conversación telefónica, volvió a tomar la palabra.

—De todos los desconocidos que vigilan desde hace tiempo la casa de tío Hilton, hay uno muy alto, moreno, de cabellos negros, muy guapo, que es el único que…

La interrumpió el repentino envaramiento de Corene en su asiento.

—¿Por qué te interrumpes?

—Me ha parecido que tú…

—Continúa hablando de ese hombre alto y moreno.

—Se llama Walt Taft. ¡Que Dios se apiade de él! Al principio creí que era uno de los ayudantes de Collins, pero después supe que era un policía.

La secretaria empalideció.

—¿Estás segura de que es ése su nombre?

—Sí. ¿Le conoces, Corene?

—Es un agente de este Departamento.

Mary dio muestras de un gran abatimiento.

—¡Dios Todopoderoso!

—Dime todo lo que sepas relacionado con ese agente.

—No sé nada, pero por lo poco que he escuchado, he comprendido que lo han condenado a muerte, ¡y lo matarán!

Nuevamente llamaron a la puerta del despacho, aunque el autor de la llamada entró sin aguardar que le invitaran a hacerlo.

—¡Quiero hablar con el jefe!

Era Walt, que estaba ligeramente encorvado y tenía una contusión en el mentón.

Miró con gran intensidad a Corene *y* luego enarcó las cejas al reconocer a Mary.

—Aunque no hemos sido presentados, la conozco, *miss* Sloan —repuso, fingiendo indiferencia.

—Yo también le conozco a usted, agente.

—Hace tiempo que sé que usted podía ayudarnos —aventuró Walt—. ¿Se ha decidido por fin a hacerlo?

—He venido a ver a Corene para… para contarle lo que hace tiempo debí haberle contado.

—¡Dios de los Ejércitos!

El agente arrastró una silla y se sentó frente a Mary.

—Tengo el convencimiento de que en la casa 100 de la Atlantic Ave, se encuentra la solución que buscó con tanto afán como un hambriento su alimento, *miss* Sloan.

—¿Cuándo empezó a sospecharlo?

—El mismo día que un hombre llamado Collins visitó por primera vez al doctor Hilton. Dejó de visitarle de repente, pero la línea telefónica del apartamiento del doctor está intervenida por la policía… ¿Comprende al fin?

Corene tuvo que contenerse para no dar un salto cuando Mary dijo con sencillez, casi sin mover los labios:

—Estoy dispuesta a decir toda la verdad. ¡Toda! —terminó en un arrebato—: Comprendo que debo hacerlo para tranquilizar mi conciencia y… ¡Oh! No sé cómo explicarlo.

El nuevo esfuerzo de Corene consistió en darle naturalidad a su

observación.

—El teniente de la Brigada de Homicidios, Wallace Pomplum, debe de estar al llegar. —Hagámoslo todo de un modo regular—. Miró con severidad al agente. —Cosa que hasta ahora nadie ha hecho en este Departamento.

Walt dijo a gritos:

—Comprendo lo que le pasa, Mary. No ha querido denunciar al doctor Hilton porque es su tío y porque temió que pudieran acusarla de quererle heredar antes de tiempo.

La delicada rubia abrió del todo los ojos al mirar al agente. Terminó asintiendo con un largo y sostenido movimiento de cabeza.

—¡Le heredará legalmente! —dijo exultante Walt.

—Dejemos eso. Ahora hablemos de usted… ¡Quieren matarle!

Ante la sorpresa y la consternación de Corene, Walt rió sardónicamente.

—Hace tiempo que lo hubieran hecho. ¿A qué cree que se debe el que yo esté todavía vivo?

—No sé… Seguramente a que ha tomado precauciones.

—No. Querían exprimirme como a una naranja. Sabían que sospechaba de ellos, pero esperaban que yo concretara mis sospechas. Hoy lo he hecho en presencia del gerente de la «Air Company». El hacerlo me ha costado recibir una nueva paliza. ¡La última!

—¿Por dónde has entrado? —preguntó Corene, disponiéndose a enfriar el entusiasmo del joven.

—Como siempre, por la calle Penn.

—Si hubieras entrado por la calle Rutledge, seguramente a estas horas ya estarías muerto… Dos hombres te esperan en el interior de un roadster de color azul con una franja amarilla en los lados.

Walt se puso en pie y se encaminó a la puerta.

—Avisa al jefe, Corene. Y cuando venga el teniente Pomplum, Mary, ábrale su corazón sin olvidar ningún detalle… ¡Ah! Conteste a esta pregunta. ¿Tiene su tío un rifle en su apartamiento?

La acongojada rubia asintió asombrada.

—Sí. ¿Cómo lo sabe?

—¡Ajajá! No se olvide de decírselo al teniente Pomplum. —Apuntó con un dedo a la secretaria—. Retén este nombre que te voy a dar, en la memoria, Corene. Un hombre resultó muerto de un

disparo de rifle. ¡Un disparo de rifle en plena avenida Atlantic! Y ese hombre era un anciano llamado Peter Cassis. ¡Peter Cassis!

—¡Espera, Walt!

El agente acababa de abrir la puerta del despacho mientras la secretaria hundía el índice en el zumbador de emergencia.

CAPÍTULO VII

La entrada principal del CAA se efectuaba por la calle Rutledge, pero los agentes entraban por la parte posterior, ya en la calle Penn.

Como siempre, el agente Walt había entrado por esta última. Al salir lo hizo por la principal. Su cuerpo era como una carga de dinamita capaz de explotar al más ligero choque.

Inclinó la cabeza y rodeó el roadster de color azul con franja amarilla antes de que el hombre sentado al volante tuviera tiempo de fijarse en él.

El agente obró sin pérdida de tiempo, tenso, violento.

Penetró en el vehículo por la portezuela que comunicaba con la calzada en el instante en que un agente regulador del tráfico hacía sonar su silbato.

—¡Andando antes de que el agente atraviese la calzada! —ordenó a Coy, que era el que estaba sentado al volante.

Hundió el cañón de su pistola en el vientre del rubio Rollen, que quedó paralizado por la sorpresa.

—Apretaré el gatillo si he de volver a repetirlo. ¡Vivo! —apremió Walt, dispuesto a cumplir su amenaza—. La suerte ya está echada y no tenéis escapatoria, pero yo no puedo esperar a que se celebre el juicio que os enviaría a la silla eléctrica.

El agente del tráfico, que había empezado apresurando el paso al atravesar la calzada de la calle Rutledge cuando se encendieron las luces verdes del semáforo, caminaba ahora sin prisas, dignamente, dispuesto a multar al infractor que había osado subir a un automóvil por el lado prohibido.

—Os mataré a los dos si dejas que el agente se acerque a nosotros, Coy —advirtió Walt.

Rolien dijo con voz ronca, después de desembarazarse la

garganta:

—Obedece, Coy. El agente del CAA está furioso… ¿Por qué será? ¿Lo sabes tú?

—No. Es la primera vez que le veo. ¿Dices que es un agente secreto del CAA?

—Y de los mejores. Hace tiempo era el heredero de una Compañía de Aviación, pero algunas Compañías, lo mismo que los aviones, vuelan.

—¡Andando! —insistió Walt.

Coy puso el automóvil en marcha cuando el agente uniformado estaba a punto de llegar al lado del roadster de modelo antiguo.

Torció hacia la derecha y pisó a fondo el acelerador mientras el agente hacía sonar con fuerza su silbato.

—Usted dirige, amigo —dijo Coy.

—Tengo prisa por llegar a la calle Columbia.

—¿Por el lado de la calle Henry?

—No, por el lado del río.

—¡Pero si aquello es un descampado!

—Precisamente por eso quiero ir allí.

Atravesaron en silencio Old Stone House y terminaron enfilando la larga recta de Govanus.

—¡Ejem! —Tosió Rolien—. ¿Qué le sucede, agente? Está excitado, nervioso… ¿Se ha enfadado con su novia?

—Lo sabrás cuando lleguemos al descampado.

—¿Qué pasará cuando lleguemos allí?

—Escuchadme bien los dos —la pistola ya no presionó tan fuertemente el estómago de Rolien—. Las cosas están a punto de caramelo. Mary Sloan es amiga de Corene, la secretaria de…

—Ya lo sabemos —cortó Coy sin dejar de apretar el acelerador, en tanto el automóvil se desviaba por un camino solitario, lleno de baches.

—También sabemos que Mary ha ido a denunciarles una estupidez. Les habrá contado que Collins se ha entrevistado varias veces con el doctor Hilton. ¿Hay algo de malo en eso? —inquirió Rolien.

—Es lo mismo que yo estaba a punto de preguntar —intervino sonriente Coy.

Las pupilas del agente habíanse convertido en dos puntos

acerados.

—Vosotros no sabréis nunca el resultado de la denuncia de Mary.

—¿Piensa matamos?

Walt había tomado una decisión. Pensó en los guardianes del FERA, muertos por Coy y Rolien, en la paliza recibida por él a manos de Rolien, Coy y Collins, en los accidentes de aviación que produjeron tantas muertes, en las mil canalladas de las que aquellos dos miserables habían sido cómplices… Pensó, por fin, en su propio padre.

Su mente se aclaró repentinamente. Fue algo extraño, imposible de definir y explicar con palabras.

—Descríbeme al doctor Hilton, Rolien —gritó.

—¡Vaya! ¿A qué viene ahora eso?

El cañón de la pistola volvió a hundirse en el vientre del *gángster*.

—¡Descríbele o disparo!

—Serénese, agente. El doctor Hilton es un hombre bastante viejo, alto. En sus tiempos debió de ser un gigante. Nosotros hace poco que le conocemos.

—¿Qué más?

—Es muy rico.

—Sólo me interesa su descripción personal.

—No sé qué más quiere que le diga. Como no sea que es asmático y respira como un fuelle…

—¿Qué le pasa a una de sus orejas?

—Tiene una cicatriz que…

—Eres un animal, Rolien —dijo Coy—. Te has dejado atrapar como un novato.

—¡Para! —Taladró el agente—. Ahora ya sé que el doctor Hilton es el que se hacía llamar Tom Suhard cuando era el socio de mi padre.

Coy apretó el pie derecho y los frenos mecánicos rechinaron.

—¡Éste es el mejor anestésico que se conoce!

La culata de la pistola de Walt golpeó la nuca del elegante Coy, quien se derrumbó de costado sin proferir ninguna queja.

—Abre la portezuela, *gángster* asqueroso.

Rolien obedeció.

—¡Está cometiendo una marranada, agente! —farfulló.

Descendieron y Walt le registró los bolsillos, terminando por encontrar en una funda axilar lo que buscaba.

Arrojó la pistola de Rolien al suelo y sus labios convirtiéronse en una línea recta, sin contornos ni forma.

—Eres fuerte, Rolien —reconoció.

El individuo escupió la colilla del puro.

—Tú, con esa pistola, lo eres más que yo. ¡Otra cosa sería si…!

La pistola de Walt reunióse en el suelo con la otra. A continuación, hizo ademán de quitarse la americana.

Antes de que lo consiguiera del todo, Rolien dio un salto de pantera y le inmovilizó los brazos con la misma prenda.

—¡Ajá! ¡Ya eres mío!

El puño derecho del *gángster* golpeó con fuerza el esternón del agente, el cual creyó que se ahogaba al no acudir el aire a sus pulmones.

El segundo movimiento de Rolien fue para agacharse, recogiendo un pedrusco del suelo. Alzó la diestra y golpeó la cabeza del agente, pero el supuesto pedrusco se desparramó, convirtiéndose en tierra.

Con una poderosa contorsión de sus hombros en suprema tensión, Walt rasgó de arriba abajo su americana, apuñeando de «*swing*», seguido de un mazazo, la cara del *gángster*, el cual retrocedió.

Sacudió la cabeza y dejó de retroceder, mientras al agente se desprendía de los dos trozos de americana y atacaba de firme, sin darle tiempo de reponerse.



—¡No! Es incomprensible.

—Me gusta tu nariz —dijo de pronto—. Tus morros y ese mentón tan cuadrado son una tentación…

Le aplastó el hueso de la nariz y le partió el labio inferior.

—¡Maldito! —rugió Rolien.

Contraatacó como una fiera, pero tropezó con dos puños grandes como mazas que le lanzaron al suelo, junto a las dos pistolas.

El *gángster* empuñó la suya en el instante en que el agente le caía encima y le sujetaba la muñeca, retorciéndosela sin compasión.

—¿Qué tal suena un hueso de asesino partido en dos? —jadeó Walt—. Voy a saberlo ahora mismo.

Rolien profirió un alarido.

Su pistola apuntó al aire, al suelo, junto a la oreja del agente…

En el último instante éste consiguió quebrarle el hueso de la muñeca.

El apagado «plop» del disparo, amortiguado por el silenciador, puso fin a la lucha.

La bala había penetrado profundamente en el cráneo de Rolien.

Detrás del agente sonó esta exclamación:

—¡Quiero ver cómo chilla un poli cuando una bala Je parte el alma!

Walt se aplastó en tierra como un gran sapo y disparó contra la parte delantera del vehículo.

Coy, que había recobrado el conocimiento y consiguió apearse del automóvil por la parte contraria al volante, dio una vuelta completa sobre sí mismo y cayó al suelo, junto a la rueda derecha.

Walt no tuvo necesidad de examinar a los dos caídos para saber que estaban muertos.

Se inclinó para recoger los restos de su americana y su propia pistola, se limpió la sangre que le salía de la nariz y subió al coche.

Puso el motor en marcha y se dispuso a aplastar el cuerpo de Coy.

—Sería una monstruosidad tan grande como todas las que ellos han estado cometiendo durante tanto tiempo —murmuró en el último momento.

Accionó la palanca del cambio e hizo retroceder el vehículo.

Mientras el automóvil azul se alejaba del descampado de la calle Columbia, el agente del CAA se dije que las monstruosidades cometidas por el doctor Hilton, cuya primera víctima había sido Jim Taft, el dueño de la «Taft Air», estaban a punto de recibir su merecido.

* * *

Walt había penetrado en su pequeño apartamento de la calle

Cincuenta y Dos, lavándose la cara y poniéndose una americana de dril de color gris.

La sangre le hervía todavía en las venas. Hasta cierto punto se sentía un adelantado de la justicia.

Poco después bajaba a la calle y saltaba al volante del roadster, el cual abandonó media hora más tarde a la entrada de Mt. Vernon.

Había calculado cuáles iban a ser sus próximos pasos, y nada ni nadie en el mundo le habría hecho rectificar.

Era noche cerrada cuando se detuvo cerca del «Sorrento Restaurant». Encendió un cigarrillo y se dispuso a hacer un repaso mental de la situación.

Era evidente que los pilotos Richard Farnum, el difunto Taylor y Gilbert Sims habían incendiado intencionadamente sus aparatos, ocasionando más de un centenar de víctimas inocentes…

El agente interrumpió el curso de sus pensamientos al ver entrar en el lujoso restaurante a Richard y Gilbert, impecablemente vestidos con trajes nuevos de seda.

—¡Marranos, cochinos e indecentes! —murmuró, ocultándose detrás de un árbol de la calle Bonfield.

Transcurrió una larga hora, durante la cual, Watt fumó seis pitillos, mascullando una y otra vez:

—Lo que voy a hacer es ilegal, pues a estas horas el teniente Pomplum debe de estar a punto de caer sobre vosotros con uñas y dientes; pero quiero cumplir mi promesa de que os golpearé hasta que mis puños se despellejen y se me vean los huesos.

Mientras esperaba la salida de los dos aviadores, pensó en Collins.

Sabía que el gran asesino, miserable y tránsfuga había comprado el «Vernon Club», el cual pensaba visitar en último lugar, cuando hubiera «conversado» con Richard y Gilbert.

—El doctor Hilton está loco y dudo que sea llevado a la silla eléctrica —murmuró—. Su crimen está fuera del alcance de la justicia de los hombres. Pero los otros…

Los dos aviadores salieron del elegante restaurante. Sus rostros estaban radiantes, mientras se alejaban siguiendo la calle Pelham.

—Si torcieran hacia la derecha y se internaran en esa calle oscura… —farfulló el agente.

Como si le hubieran oído y desearan complacerle, los dos pilotos

se internaron en una calle muy poco concurrida y mal alumbrada.

Hablaban en voz alta, sin volverse ni una sola vez para ver si eran seguidos.

«Sé que obro mal al hacerlo», se repitió Walt.

De repente exclamó, apresurando el paso y aproximándose a los dos hombres:

—¡Ha llegado vuestra hora!

Farnum se volvió, mientras decía:

—Es una mujer colosal, un verdadero bombón que me ha hecho olvidar a la que…

Walt llegó a la altura del último farol existente en aquel lado de la calle, cuya luz le dio de lleno en la cara.

—¿Me conocéis, miserables? —preguntó sin dejar de avanzar.

Farnum habíase detenido en seco, pero Gilbert Sims retrocedió.

—¡El falso poli! —gritó el primero—. El que me atacó por sorpresa y me acusó de haber dado muerte al pobre Aaron…

Bajó la cabeza y atacó de frente al joven, el cual le frenó con un golpe en la nuca con el canto de la mano.

Farnum cayó al suelo, pero se arrastró y aulló antes de clavar los dientes en una pantorrilla del agente:

—¡Dale, Gilbert! Ya te he explicado la clase de tretas que…

El piloto, alto, musculado, de ojos grises de mirada aguda, dio un salto como si se arrojara a una piscina desde la palanca, derribando al agente.

Éste levantó el pie derecho y lo dejó caer con terrible fuerza sobre el cráneo de Farnum, quien quedó tendido e inmóvil.

—¡Bien, bien, Gilbert, amigo mío! —rió el joven mientras se escabullía y conseguía ponerse en pie, al mismo tiempo que el piloto.

Le dio un izquierdazo al flanco, un derechazo al estómago y una patada que le dirigió furiosamente al bajo vientre.

Gilbert esquivó esta última con una agilidad felina.

—¿Conoces el juego sucio, eh, canalla?

—¡Tan bien como tú, espía!

Era cierto que Gilbert poseía grandes conocimientos del juego sucio, pero sus puños carecían de la consistencia de los del agente del CAA, el cual lo acorraló contra la pared y sintió un morboso placer al notar que sus puños se despellejaban.

—¡Míralo! —dijo al fin, mostrando el puño derecho a Gilbert—. Si no quieres que te hunda las quijadas, confiesa la verdad. ¿Quién os pagó para que incendiarais los aparatos? ¡Dilo o…!

Detrás de los luchadores sonó la voz cascada y doliente de una anciana.

—¡Si no dejan de pelearse ahora mismo, llamaré a un agente! ¿Me han oído? Todos somos criaturas de Dios y debemos amarnos.

Walt contestó sin dejar de mover los puños:

—Su hermosa lección de amor no sirve de nada cuando al reciben dos asemos, buena vieja. Y éstos…

Gilbert tuvo un momento de respiro cuando Richard, que se había incorporado, se aproximó arrastrándose al agente.

—¡Toma, canalla!

Apoyándose de espaldas en el suelo, movió los dos pies hacia lo alto.

—¿Es eso todo lo que sabes hacer? —rió el joven, esquivando la doble patada.

La anciana corrió hacia la avenida mientras Gilbert, que parecía haber recobrado fuerzas, saltaba sobre las espaldas del agente.

Los tres luchadores rodaron nuevamente por el suelo. Walt consiguió desde tierra lo que no había conseguido estando de pie. Unió las dos manos y las dejó caer con toda su fuerza contra el cráneo de Richard, que rebotó en el suelo, sonando a roto.

—Te duele, ¿eh?

El fornido piloto no contestó y Walt empleó la mano derecha para mantener a distancia el cuerpo de Gilbert.

—¡Ahora quedamos tú y yo solos!

Puestos de pie ambos enemigos, volvieron a atacarse ferozmente. Cuando Walt unía las dos manos, disponiéndose a descargarlas contra la nuca de su adversario, por el principio de la calle ululó la sirena de un coche de la Brigada Volante.

—¡Se acabó, Gilbert! —exclamó el agente.

Sus manos unidas, convertidas en un mazo de hierro, se abatieron repentinamente sobre el cráneo y la nuca del aviador, el cual cayó fulminado.

Walt huyó hacia el final de la calle cuando el automóvil de la policía efectuaba su entrada en la misma.

—¡Huiré como los ladrones y los criminales! —rió mientras

corría por la acera y se arrimaba a la tapia de un gran almacén—. Ellos tendrán que detenerse si no quieren aplastar a esa escoria.

Un haz de luz vivísima iluminó la calle de un extremo a otro.

—¡A correr se ha dicho! —volvió a exclamar—. He hecho justicia, pero no la clase de justicia que debe hacerse.

Al final de aquella loca carrera coincidió con una muchacha que tenía un pie puesto en el estribo de un taxi que acababa de detenerse ante ella.

—¡Adentro, prenda!

Más que ayudarla a subir, la empujó hacia el interior, en tanto ordenaba al conductor, mientras cerraba la portezuela:

—¡Trotando, amigo, que se me hace tarde para ir a ver a la novia!

El taxi arrancó.

—Tuerza a la derecha, taxista.

—Bien, caballero.

—Al final de la carrera habrá una buena propina.

—Está bien, excelencia.

—¿Cuánto tiempo hace que no ve el color de un billete de diez dólares?

—Cien años, majestad.

—Pues no tardará en verlo si le da gusto al pie derecho.

—De acuerdo, emperador.

La primera ocupante del vehículo, que hasta entonces no había despegado los labios, acababa de extraer una cajita de polvos, dándose un retoque a la empingorotada naricilla.

—¿Quién pagará esta carrera, hermano? —inquirió displicente.

—Yo, hermanita.

—¿Y si nos desviamos?

—Yo lo pagaré todo. No lo piense más.

Afortunadamente, la avenida estaba en la penumbra, y la americana de dril del agente no había sufrido tanto deterioro como la blanca de hilo en su lucha con Rolien.

Hasta aquel momento, aparte del jadeo del agente, explicable en quien como él daba la impresión de haber corrido mucho para alcanzar el taxi, su aspecto era casi normal.

—Ahora tuerza por la calle de la derecha —ordenó Walt al darse cuenta de que iban a internarse en la iluminada avenida Liberty.

—Usted manda, emperador.

Los ojos de Walt taladraron ahora la penumbra del interior del vehículo, examinando a su compañera.

—¡Ah! —dijo solamente.

Sacó un billete del interior del pantalón y se lo entregó, mientras añadía estas piadosas palabras:

—No vuelvas a pecar, querube.

—¿Será cierto que es usted un emperador? —inquirió la mujer, aceptando el dinero y guardándolo rápidamente en su bolso.

—La he obligado a desviarse de su ruta, ¿no?

—Quiero jugar limpio con usted, compañero de viaje. Yo también iba en esta dirección.

—Mejor que mejor.

—¿Quiere eso decir que no he de devolverle el billete?

—¿Cómo lo ha adivinado? ¡Pare aquí, chofer!

El vehículo detúvose en un lugar oscuro. Mientras el taxista recogía ávidamente el billete de diez dólares, Walt se apeó, cerró la portezuela de golpe y se internó en la oscuridad.

Fue entonces que sintió un dolor intenso en los puños, sobre todo en el izquierdo. —Ha valido la pena— dijo, acariciándoselo.

CAPÍTULO VIII

Walt caminaba sin rumbo fijo. Mataba el tiempo para llegar al «Vernon Club» a la hora en que Collins se internaba en su amplio despacho y repasaba las cuentas del «*musichall*».

En sus bolsillos sólo quedaban treinta o cuarenta centavos y había fumado su último pitillo.

«Me he convertido en un vengador, algo asesino y al mismo tiempo en un vagabundo», se dijo.

El espejo de una báscula automática situada a la derecha de un bar, le devolvió una cara contusionada, con dos o tres arañazos, demacrada y con una sonrisa que no tenía nada de agradable.

«¿Eres tu ése?», se preguntó.

Dio media vuelta, examinó su reloj de pulsera y vio que era media noche.

—Me queda casi una hora todavía —dijo, deseando oír su propia voz.

Por la Calle 16, con dirección a las lejanas cocheras de los «flatbush», dos filobuses hacían carreras mientras iban vacíos, de retirada.

—¡Qué brutos! —comentó el agente.

Al levantar la cabeza recibió una fuerte impresión. Recordó la pregunta de Corene un día en que él estaba también contusionado, con la única diferencia de que entonces estaba triste y su vida carecía de estímulo.

—«¿Quieres subir a curarte el rasguño y la contusión?», le preguntó ella, cuando la hermosísima secretaria se complacía en presentarse como un esperpento en el despacho del jefe del CAA.

Se detuvo delante de la coquetona construcción de un adulterado estilo colonial español.

—¡Tengo necesidad de verla! —dijo de repente.

Ante la extrañeza del visitante nocturno, la puerta de la casa se abrió enseguida, apareciendo en el umbral la linda criada Norma.

—¿Me recuerda? —preguntó Walt.

La sonrisa de la pequeña y rubia doncella tuvo este claro significado: «¿Puede una mujer que te haya visto una sola vez olvidarse de un hombre como tú?».

—Sí, señor —respondió la maritornes—. Pero *miss* Lindsey no está en casa.

—¡Ésa sí que es buena!

—Si el señor desea entrar…

—¿Dónde está *miss* Lindsey?

—Ha telefoneado desde el despacho del jefe del CAA, diciendo que esta noche no vendría. Creo que se ha referido a un exceso de trabajo atrasado.

—¿Puedo telefonearla desde aquí?

—Desde luego, señor.

Norma no hizo gran caso de las contusiones y la palidez del semblante del agente. Era un agente secreto, ¿no? Y esto, según ella, lo explicaba todo.

—¿Quiere seguirme, señor?

Walt fue conducido a la salita de estar donde había conocido a una Corene nueva, adorable, una Corene que alegraba la vista y el corazón del hombre más exigente.

—¿Desea el señor beber algo? —ofreció la amable sirvienta, devolviéndolo a la realidad.

—Se lo agradecería mucho.

—¿De lo mismo que bebió la primera vez que estuvo en esta casa, señor?

—Pero ¿queda todavía de aquel néctar divino, Norma?

—Sí, señor. La señorita no recibe visitas… masculinas.

Walt quedó solo en la salita y se escanció una dosis bastante generosa del fino Dumbartón escocés.

Bebió un sorbo, paladeándolo, y se encaminó a la mesita del teléfono, sentándose.

—¡Qué bien se está aquí! —exclamó, mientras marcaba un número.

La secretaria del jefe del CAA le respondió desde el otro lado del

hilo.

—¿Te llega el aroma, Corene? —inquirió el agente, exhalando el aliento junto al tubo acústico.

Rió ante las exclamaciones de Corene, se sujetó el auricular con el cuello e introdujo la diestra en el bolsillo de su americana.

—¡Peste! —murmuró. Levantó la voz, interrumpiendo las exclamaciones de la secretaria—. ¿Dónde tienes tus cigarrillos, Corene?

Hubo una pausa, hasta que la joven habló serenamente.

—Los encontrarás en el cajón del mueble-bar.

—¿Sabes desde dónde te telefoneo?

—Puesto que te acabo de decir dónde encontrarás mis cigarrillos…

—Bien, aguarda un segundo.

Walt dejó el auricular sobre la mesita y se dirigió al mueble-bar. Tomó un paquete de «

A M F»,

del cual extrajo un pitillo. Vaciló unos segundos y terminó guardándose el paquete.

Cuando volvió a hallarse sentado ante la mesita del teléfono, expulsó la primera bocanada de humo hacia el techo.

—Me he quedado con un paquete de «

A M F»

—confesó—. Allanamiento de morada en ausencia de los dueños de la casa, nocturnidad y robo sin fractura… ¿Cuánto tiempo me echarán, Corene?

—¡Dios santo y bendito, Walt! ¿Puedo saber dónde has estado? Una docena de detectives del teniente Pomplum están buscando tu… tu cadáver.

—¡Ah! Pues tendrán que esperar un rato. Mi cadáver aún está vivo. Ahora háblame del doctor Hilton, de su sobrina Mary, del gerente de la «Air Company». En fin, ya sabes lo que quiero saber.

—El edificio número 100 de la Atlantic Ave, está acordonado por la policía.

—¡Cómo! ¿Todavía no han procedido a la detención de ese loco furioso?

—Los detectives han sido recibidos a tiros y dos de ellos han resultado muertos por un negro loco.

—¡Ah!

Walt rió interiormente cuando hizo la nueva pregunta.

—¿Y el trío de *gangsters* y pilotos incendiarios al servicio de Collins?

—Han desaparecido como si se los hubiera tragado la tierra.

—Es extraño, ¿no? Ahora háblame de Collins.

—¿Puede oírte mi criada mientras hablas?

—No, estoy solo. Habla sin cuidado.

—Varios automóviles cargados de policías están detenidos cerca del «Vernon Club», y esperan el cierre del local para apoderarse de Collins y su novia, una tal Darlene que…

—Ya, ya. ¡Conque esperan la hora del cierre, es decir, las dos, para entrar a saco en ese antro inmoral, en el que han reverdecido el Charleston y el nombre de «*music-hall*»!

El agente miró la hora en su reloj y se puso en pie, en tanto Corene respondía desde el otro lado del hilo:

—Sí. Por lo visto, el teniente Pomplum confía que antes del cierre de ese establecimiento, los *gangsters* que están a las órdenes de Collins acudan allí… ¡Háblame de ti, Walt!

—¡Oh! Yo he estado por ahí, rondando.

—¿Solo?

—Nunca estoy solo, amiga mía —declaró.

—¡Ah!

—Espera. Quería decir que nunca estoy solo, porque tú me acompañas siempre en espíritu.

—Ven aquí para repetirme esas palabras.

—No puedo, tesoro. Pero te prometo que dentro de una hora, poco más o menos, me tendrás ahí para decirte… ¡A que no lo adivinas!

—Si es cierto que me amas tanto como yo…

El agente colgó el auricular y se dirigió al mueble-bar. Se escanció un segundo vaso de *whisky*, se enderezó el nudo de la corbata y se pasó la mano por la ondulada cabellera.

—¿Habrá un hombre más afortunado que yo, encima de la corteza terrestre? —preguntó en voz alta.

Al salir de la casa, Walt aspiró con fuerza el perfume de las flores de los jardines del Prospect Park.

Esperó unos instantes hasta que terminó el desfile de filobuses

en loca carrera hacia las cocheras, y entonces se encaminó al enrejado del parque público.

Dos ranas croaron en el lago del interior, seguramente mientas se hacían el amor.

Un grillo solitario, como debió de estarlo alguno de sus antepasados en los albores del período cuaternario, hizo sonar sus élitros.

—¡Cric! ¡Cric! ¡Cric!

—Estamos de acuerdo, amigo —le replicó el agente.

—Yo también creo que ya he hecho méritos suficientes para que me admitan en el
F. B. I.,
pero no para ser el marido de Corene.

* * *

El doctor Hilton habíase congestionado hasta el extremo de que apenas podía respirar cuando el boxeador Merlín le comunicó por teléfono que la policía acababa de cerrar las oficinas de la «Air Company».

—El CAA ha ordenado por cable a todos nuestros aviones en ruta, que aterricen en los aeródromos más próximos al lugar donde se hallan —siguió diciendo Merlín.

Las últimas palabras del ex púgil fueron para informar al personaje:

—He conseguido huir cuando he visto que detenían a míster Trenton, doctor. Dejaré pasar unas cuantas horas y luego iré a reunirme con…

El doctor Hilton tuvo un arrebato de tos que le obligó a dejarse caer amoratado en un sillón.

—¡Ab! —gritó cuando pudo hablar—. Ven aquí, amigo mío. Jim Taft me ha vencido desde el sepulcro, lo cual quiere decir que los muertos son más poderosos que los vivos.

El gigantesco negro se detuvo en el centro de la sala cuando algo, que desde luego no eran unos nudillos humanos, aporreó la puerta del apartamiento.

—Ve a ver quién es, mi fiel amigo —ordenó Hilton en una extraña actitud de abandono.

Los ojos del millonario tenían un brillo de fiebre cuando el criado se dirigió a la puerta, aunque no la abrió.

—¡Abran a la policía! —gritaron fuera.

El negro se cercioró de que la puerta estaba bien cerrada y regresó al interior.

El doctor habíase puesto en pie y miró fijamente a su criado.

—¿La policía? —inquirió sin bajar la voz.

Ab asintió con un movimiento de cabeza.

El millonario se encaminó a su vez a la puerta y preguntó entre dos jadeos:

—¿Qué desea la policía en esta casa?

—Hablar con Hilton Jones. ¡Abran!

—El doctor Hilton Jones no quiere hablar con la policía —replicó sin alterarse.

Dio media vuelta mientras una fuerte voz masculina juraba que derribarían la puerta.

Varios hombres se arrojaron de espaldas contra ésta, mientras Hilton suplicaba más que ordenaba:

—El rifle, Ab.

La ausencia de la sala del hombre de color duró un minuto escaso. Empuñaba el rifle con punto de mira telescópico cuando reapareció y miró a su amo como un perro fiel.

—He cometido algunos errores imperdonables, amigo —explicó el millonario, dejándose caer en una butaca con la cara vuelta hacia la terraza.

Miró el firmamento, intensamente estrellado, y prosiguió:

—El primero que cometí fue dejar con vida al hijo del viejo Taft. El segundo, al obligar que asustaran a la secretaria del CAA, dejando en su casa el cadáver de uno de los pilotos que se negó a aceptar entrar a formar parte de la «Air Company». He perdido y debo pagar, viejo camarada.

Ab tenía una rara semejanza con una estatua de bronce, y casi la misma inmovilidad.

La mente y el corazón del doctor Hilton no debían de estar sincronizadas, puesto que a continuación pensó en su sobrina y tuvo una sonrisa desvaída.

—Ella no sabrá nunca que quise convertirla en la mujer más rica de Norteamérica —balbució. Levantó la voz—. Apunta aquí, Ab, y

procura que no te falle el tiro.

El negro retrocedió al ver que el millonario se pasaba una mano por la frente.

—¿Vas a desobedecerme en este instante supremo, amigo mío?

Ab se detuvo. Sus ojos apagados se agrandaron de repente, cobraron vida. Fijó la mirada en la frente de su amo, pero no hizo ningún movimiento.

—Sírveme con fidelidad como lo has hecho hasta ahora, hasta el último momento, querido Ab —suplicó de nuevo Hilton.

Viendo que el negro continuaba como petrificado en el centro de la sala, añadió amargamente:

—Temes por ti, ¿eh, muchacho? Es natural. Comprendo que no puedo exigirte este sacrificio.

La clavícula derecha del gigante de color recibió el impacto del culatazo cuando colocó el arma en posición horizontal.

—¿Los oyes, amigo? —dijo el millonario al ver que aún vacilaba —. Están a punto de derribar la puerta. Son como perros salvajes. Cuando entren aquí…

¡Swtz!

El disparo del rifle con dispositivo silenciador fue ahogado por los porrazos que los detectives mandados por el teniente Pomplum continuaban dando en la puerta.

Un agujero redondo, limpio, que no llegó a sangrar, fue lo único que indicó que el doctor Hilton estaba muerto, aunque permaneció sentado en la silla, con la cabeza ligeramente ladeada.

Ab se arrodilló, estiró la mano izquierda y acarició una mejilla del muerto. Lo hizo torpemente, como un gran antropoide de reacciones lentas.

De repente rió a borbotones, sin casi hacer ruido. Terminó dirigiendo el cañón del rifle hacia la puerta.

¡Swtz! ¡Swtz!

Dos proyectiles agujerearon la madera y dos detectives cayeron muertos.

Horas más tarde, después de medianoche, el teniente de la Brigada de Homicidios, Wallace Pomplum, aún no había conseguido reducir al hercúleo Ab.

* * *

Un taxi detúvose junto a uno de los brazos del Hudson, y una mujer de gran belleza y atractivo, descendió luego de pagar al taxista.

Al reconocerla, Walt, que estaba a punto de penetrar en el «Vernon Club», por la puerta de la servidumbre, hizo un gesto de desagrado.

—¿No estás contento de verme, Walt?

—Es que…

Era Berenice, quien prosiguió diciendo sin aguardar la contestación:

—¿Qué sucede hoy en Nueva York, amigo? La policía ha detenido al gerente de la Air Company, en tanto que el CAA ha dado la orden de suspensión de vuelos de los aviones en ruta de esa Compañía. El jefe del FERA está loco de contento.

—Preferiría no…

—¿No sabes otra gran noticia, Walt?

—Espero que…

—¡Y te lo debo a ti, que eres un encanto!

—Yo…

—Para recompensarte, voy a darte un beso muy grande, ahora que nadie puede vernos.

Berenice miró en todas las direcciones, viendo únicamente a las parejas que entraban y salían del «*music-hall*».

—Toma… Te lo has ganado.

Entre las dos palabras, la sugestiva trigueña hizo una pausa para unir sus labios a los del agente, sin que éste hubiera tenido tiempo de decir ni una sola palabra completa.

Un taxi detúvose delante de Berenice, quien abrió la portezuela, puso un pie en el estribo y añadió:

—Te comunicaré la fecha de la boda, amigo.

Cuando ella se sentaba, disponiéndose a cerrar la portezuela, Walt levantó un dedo.

—¿Puedo hacerte una pregunta entera, Berenice?

—¡Pues claro que sí, encanto!

—¿Cómo se llama tu futuro?

—¡Vaya pregunta! Me caso con el hombre más seductor del mundo.

—Ah, bien. Pero ¿puedo saber cómo se llama ese hombre tan

encantador?

—¡Emery Adams, hombre de Dios!

El taxi arrancó a buena velocidad, y Walt exhaló un suspiro.

* * *

Collins, Merlín y Darlene hallábanse reunidos en el amplio despacho del primero, situado en la parte posterior del «Vernon Club».

Los tres guardaban silencio. Escuchaban.

Lo que estaban oyendo les hizo comprender que aquello era el fin.

El timbre del teléfono colocado sobre la mesa del despacho les sobresaltó. Los dos hombres se volvieron con los revólveres en las diestras.

—Yo hablaré —dijo Collins descolgando el auricular.

Merlín y Darlene se aproximaron al hombre de la mirada hipnótica, aunque en aquellos instantes era mortecina.

Desde el otro lado del hilo habló una voz de hombre acostumbrado a mandar.

—¿Hablo con Collins?

—Sí. ¿Quién es usted?

—El general Doyle, jefe del CAA. ¿Me escucha?

—Hable.

—Están rodeados por la policía, Collins. Dejen salir a mi agente Walt, y les prometo que a esa mujer que les acompaña no le pasará nada si no ha tomado parte en…

—¡No! —Ladró Collins.

De un tirón arrancó el hilo telefónico.

—Creo que sacaremos partido a esta situación —dijo de pronto, esbozando una sonrisa demoníaca—. Puesto que ellos creen que tenemos prisionero al agente Walt…

—¿Por qué no me dejas salir? —Casi imploró Darlene—. Yo no he hecho nada malo. Tú me obligaste a…

Collins la abofeteó, arrojándola al suelo.

El ex púgil meneó la cabeza.

—No me gusta eso que acaba de hacer, Collins —dijo fríamente.

—¡Mátalo! —gritó desde el suelo la mujer—. ¡Es un asesino sin

entrañas!

Collins le dio una patada en la frente y otra en la sien, inmovilizándola. Se volvió hacia el boxeador.

—¿Te ha gustado eso, Merlín?

Alguien rompió una silla contra la puerta del despacho.

—¿Salís o qué? —gritó el teniente Pomplum.

—¡Ésta es mi contestación…! —A Collins le interrumpió el estampido del disparo de su propia pistola.

Se dispuso a rodear la mesa.

—Vamos a hundirnos en el mismo barco como dos ratas, Merlín. ¿Es éste el mejor momento de pelearnos?

Merlín no pudo replicar. El teniente Pomplum anunció desde el pasillo del exterior:

—Vamos a emplear el mismo procedimiento que nos ha dado buen resultado en la casa del doctor Hilton, Collins… ¿No le han dicho que su jefe está muerto? Pues sí. El negro Ab se resistió y le hemos sacado a bombazos…

Las dos hojas de un armario que contenía material de escritorio se abrieron. El agente del CAA dijo con acento entre irónico y suplicante:

—Un momento, teniente Pomplum. Le está hablando Walt Taft, que no ha caído en poder de estos asesinos como ustedes creían, sino que…

—¡Salga como pueda, agente! Acaban de tirar una bomba de gas…

El teniente tosió en el instante en que en el interior del despacho sonaban dos taponazos.

Collins y Merlín habían llegado a un acuerdo sin palabras, cambiando la dirección de los cañones de sus pistolas.

La de Walt disparó dos veces seguidas, vio cómo los dos miserables caían sin vida y estuvo tentado de volver a disparar.

—No estaría bien —musitó—. Aunque se trata de unas hienas, no estaría ni medio bien.

Una nube de humo espeso penetró en el despacho a través de los bajos de la puerta.

La llave estaba en la cerradura. Walt abrió y se dispuso a salir, mientras se llevaba su pañuelo a la cara. De repente pensó en Darlene.

—Una mujer, por mala que sea, me hace pensar en mi madre y en Corene —se dijo.

Regresó al interior y se inclinó para recoger a Darlene. Alguien gritó entretanto, fuera del despacho:

—¿Está ileso, Walt?

—Sí, teniente.

—¿Sale o no?

El agente examinó la cara de la mujer y vio que sus pupilas estaban vidriadas, fija la mirada en el techo.

—Salgo —dijo, tosiendo y llorando.

CAPÍTULO IX

Walt tenía varios trozos de esparadrapo en la cara y el puño izquierdo vendado.

En la sala de estar de la casa de la heredera Lindsey había una reunión muy interesante.

Corene estaba sentada junto a la mesita del teléfono, desde donde veía al agente, el cual la miraba con el rabillo del ojo.

El general Doyle tenía la palabra, y el teniente Pomplum estaba pendiente de lo que decía.

—La «Taft Air» fue creada por mi amigo Jim Taft, pero con el dinero del doctor Hilton, quien cambió su nombre por el de Tom Suhard, para no tener que pagar tantos impuestos. Éste se cansó de ir a remolque de la inteligente organización de Jim y retiró todo su dinero, en cuyo momento se decretó el cese de la Compañía. El gran público no supo nunca lo que había pasado.

—Pero ¿qué clase de locura fue esa de Hilton de hacer derribar los aviones de otra Compañía? —inquirió el policía—. ¿Y qué relación hay entre uno y otro hecho, general?

—Hilton sabía que no obtendría el permiso para sustituir a la «Pacific Lines», mientras yo estuviera al frente del CAA, a menos, claro está, que por una causa u otra esta Compañía se hundiera.

—¡Ah! Comienzo a ver una pequeña luz en medio de la oscuridad.

—Escuche esto. El CAA no podía oponerse a la creación de una nueva Compañía Transoceánica si la «Pacific Lines» cesaba. ¿Ha comprendido ahora del todo, teniente?

—Ahora sí —el policía miró a Walt, pero no se atrevió a hacerle ninguna pregunta; sin embargo, terminó de decir, rezongando—: Ahora sé algo más. Lo que me gustaría saber es algo relativo a esas

cuatro hienas que hemos encontrado muertas en distintos lugares de la ciudad.

—¿Dice que eran hienas? —preguntó inocentemente el jefe del CAA.

—Sí, señor; hienas hediondas.

—Entonces es mejor que las olvide.

—Bueno. Si usted me lo aconseja…

Doyle se puso en pie y se encaminó a la salida de la sala andando de puntillas, siendo seguido por el policía, el cual le sonrió en complicidad.

—Esto también lo he comprendido —declaró, cerrando la puerta a su espalda.

El silencio de Walt y Corene, entretanto, era tan expresivo como Jo han sido siempre los silencios entre los enamorados.

Él fue el primero que habló al darse cuenta de la inteligente maniobra de su superior.

—Han aceptado mi ingreso en el FBI, Corene. Se lo debo al jefe.

—Te lo debes a ti mismo, Walt… Yo he presentado mi dimisión del cargo de secretaria en el CAA.

—¿Qué piensas hacer ahora?

Corene tembló de pies a cabeza. Sabía que se aproximaba la temida crisis.

—Nada, a menos que me case contigo…

—¿Con un agente del FBI que tiene una paga de menos de doscientos dólares al mes?

—¡Jamás me casaría con ningún policía, sea del FBI, de la Metropolitana, del CAA, de la…!

Fue interrumpida por el movimiento de él al ponerse en pie.

—Apruebo tu decisión.

Inició la salida.

—¡Un momento! —imploró ella—. La «Pacific Lines» ha recibido una fuerte indemnización. Mary ha desembolsado varios millones, y hasta donde le ha sido posible ha compensado todas las pérdidas, tanto de vidas humanas como materiales.

—¿Y qué tenemos con eso?

—La «Taft Air» puede ser reorganizada en unos cuantos días… El general Doyle lo arreglaría a gusto de todos.

Walt se puso rígido.

—No tengo dinero —dijo, secamente.

—Mi ma… mi marido podría disponer de todo lo mío.

—¡Rechazado! Te sería fácil arrojarme por la borda como lo hizo Tom Suhard con mi padre sin que a ninguno de nosotros se nos ocurriera pensar que él mismo era el doctor Hilton, al que yo no conocía personalmente.

—Si yo te arrojara… si yo arrojara por la borda a mi marido, ¿no me hundiría en el vacío al mismo tiempo que él?

—¡Hum!

Corene sentía que ya no podía contener las lágrimas cuando Walt acabó de recorrer la distancia que le separaba de la puerta.

—¡No te marches así, Walt, mi bien!

El agente se volvió para mirarla, frunció el ceño de un modo terrible y abrió la puerta.

—¡No, Walt! —gritó Corene—. ¡No me dejes!

Pero el agente no salió de la sala. Dijo, guiñando un ojo al general Doyle y al teniente Pomplum:

—¿Les importaría bajar un poco la voz? Mi novia y yo vamos a hablar del futuro.

Cerró la puerta y quedó a solas con Corene.

La ex secretaria y el ex agente del CAA jugaron a ver quién llegaba antes a la meta.

La meta de ambos, al menos en aquellos instantes, era un abrazo y un beso largo y sostenido.

FIN

Prado Castellanos Alentorn, nacido en 1911 en Lloá (Tarragona). Utilizó los seudónimos de Meadow Castle y de Edmundo Rey. Para la novela rosa utilizó el seudónimo de Edmundo Rey.

Notas

[1] ¡Adiós! ¡Buena suerte, amigos! <<

[2] Hágase Tu Voluntad en la Tierra. <<

[3] Fed. Emergency Relief Adm. (Administración de Ayuda Federal de Urgencia). < <

[4] Civil Aeronautics Authority. (Autoridades Civiles Aeronáuticas).
<<

[5] Americanismo de «Chevrolet». <<